

LA AGONÍA DE LOS MUNDOS

JOHNNY GARLAND

La agonía de los mundos

por

Johnny Garland



EDICIONES TORAY, S. A.
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

FIDEL INTERNATIONAL
Representantes exclusivos
en los Estados Unidos de Norteamérica
Excepto Nueva York (Ciudad) N. Y.
BOX 260
MALIBU, CALIFORNIA — U. S. A.

Depósito legal B. 18315 — 1958

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ediciones TORAY, S. A. - T. Llorente, 13 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



IRÓ Zarko a las alturas. En sus nobles y claros ojos verdes centelleó la luminosidad azul de los astros perdidos en la noche. Las seis lunas de Atlantis formaban un semicírculo casi perfecto sobre el horizonte recto y frío.

—¿Muerte? —dijo sencillamente Zarko —. Y qué significa morir?

Persyak enarcó las cejas bajo su albo casco bruñido. Los pliegues de la breve capa cristalina que pendía de sus anchos hombros vestidos de azul cobalto, se agitaron al erguir su enorme figura de dos metros de altura.

—Para ti, Zarko, posiblemente signifique menos que para otros —dijo con su voz grave, cálida—. Pero morir es dejar de existir, y tú lo sabes. Dejar de existir, en nuestra Era, es renunciar a la inmortalidad.

—¡Inmortalidad! —el tono de Zarko fue despectivo—. No creo en ella.

—Hemos de creer. Es un hecho ya. El Hombre vivirá eternamente.

—La Eternidad es un plazo largo. Demasiado para vivirlo. Prefiero morir. Morir así ejecutado por orden de la Suprema Corte de Atlantis. La muerte puede ser dulce, Persyak, cuando uno se halla entre el dilema de afrontarla o vivir cientos de años viendo desaparecer las últimas esperanzas.

—¿Qué esperanzas, Zarko?

—Las de ver cambiar todo esto —su mano enguantada de cristal se elevó en el aire, abarcando en un gesto amplio toda la enorme, la vasta y colosal grandiosidad de lo que les rodeaba—. Esta raza de seres petrificados, esta Era de supercivilización y frialdad. La esperanza de volver a sentir aliento humano, la esperanza de ver al Hombre convertido otra vez en Hombre, no en esclavo de sus máquinas, su ingenio y su superinteligencia...

Reinó el silencio. Un silencio total, que ningún ruido exterior podía quebrar, porque el silencio era algo que vivía entre ellos, que formaba parte del nuevo mundo levantado sobre Atlantis, el novísimo planeta de Orión.

Aquellos enormes, colosales, aplastantes muros vidriosos, cóncavos y bruñidos, aislaban a los dos hombres del exterior, un exterior geométricamente duro, azul y gélido como todo en Atlantis, como la propia luminosidad de su lejano pero inmenso sol, Rigel.

Persyak, aproximándose a uno de aquellos enormes muros, señaló al exterior. Su índice apuntaba a la aguda, centelleante torre que se erguía afilada hacia los cielos límpidos de Orión, entre un mar de cubículos metálicos, uniformes de color y estilo. La Gran Ciudad, el centro del Nuevo Mundo del Hombre.

—Mira, Zarko —dijo severamente Persyak—. Esa es nuestra civilización, éste es nuestro mundo y nuestro sistema de vida. Tú eres un rebelde, en el fondo. Rebelde a los sistemas que se han implantado para vivir en estos lejanos planetas, tan distantes y diferentes de nuestro mundo de origen, que produce escalofríos pensar en que hayamos podido alguna vez morar en aquel recóndito fragmento de Cosmos que fue la Tierra. En este siglo DL de la Era Cristiana, a cincuenta mil años de distancia de los primeros experimentos interplanetarios y termonucleares, prehistoria de nuestra vida de hoy, debemos sentirnos orgullosos de sobrevivir, de ser los seres más fuertes e inteligentes de la Creación. Al morir la Tierra, destrozada e inflamada por las explosiones solares del siglo XXV, tuvimos que trasladarnos a Marte, donde la residencia de los supervivientes al cataclismo terrestre fue forzosamente breve, ya que también la atmósfera marciana se hizo ardiente en principio, y terminó por inflamarse, provocando el cataclismo del planeta. Corría entonces el siglo XXX, Zarko...

—No tienes que darme lecciones de historia, Persyak —replicó agriamente el colosal Zarko, aquel poderoso atleta de cabellos de oro, ojos verdes y tez cobriza, como todas las epidermis de Atlantis, teñidas por los rayos ultravioleta de su extraña y ponzoñosa atmosfera—. Conozco cuál ha sido la evolución de la raza humana desde Adán y Eva en la Tierra, hasta su trasplante a lejanos mundos... terminando aquí, en Atlantis... a más de MIL SEISCIENTOS ANOS-LUZ del viejo mundo terrestre.

—Déjame terminar, por favor —pidió Persyak vivamente, acercándose al hombre con quien tenía aquella entrevista; la última entrevista en sus vidas... porque Ludd Zarco iba a morir—. No necesito recordarte lo que siguió al

éxodo terrestre de Marte, es cierto. Para entonces, nuestros lejanos antecesores sólo disponían de Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno. Plutón era su más remoto destino, pero solo pensaban en él para el día, aun distante, en que el caos universal llegara hasta los gigantes del Sistema Solar.

—¡Sí, lo sé, Persyak, lo sé y no preciso de tu maldita insistencia! —vibró la voz metálica, sonora, del gigante rubio—. Aquel extraño crecimiento de la energía solar, sus constantes explosiones y la elevación de su temperatura hasta los trescientos millones de grados, logró también perforar la masa helada de Júpiter, su ponzoñosa atmosfera, adaptada al hombre por los ingenios mecánicos que entonces consideraban obra insuperable, y a ello se unió pronto la lluvia de ardientes meteoros, procedentes sin duda de gigantescos estallidos solares. Siguió el implacable éxodo hacia Saturno y Urano... y entonces llego el fin de los viejos mundos solares.

—Exacto, Zarko: el Apocalipsis. El estallido del Sol en millones de millones de fragmentos. Una lluvia de fuego que asoló el Sistema, alcanzando a los más remotos mundos en sus órbitas, desplazándolos o calcinando su superficie con el diluvio ígneo. Y el Hombre, nuestro heroico antepasado, que creía poseerlo todo y apenas si se hallaba en una Era primitiva de conquistas técnicas y científicas, tuvo la fortuna inmensa, para su posterior supervivencia, de que se hubieran hallado medios físicos para llevar la velocidad de los cuerpos más allá de la velocidad límite de la luz. Las antiquísimas teorías de Einstein no bastaron para contener los intentos de los sabios, y se halló la fórmula. Hoy es cosa vieja, pero entonces lo revolucionó todo. Leyes físicas que parecían inmutables, demostraron su fragilidad, así como la absurda limitación de la mentalidad humana, queriendo mantenerse aferrada a cuanto se demuestra incontrovertible, hasta que al minuto siguiente deja de serlo. Y cuando el Hombre supo que dominaba al Espacio, que la velocidad de la luz era infinitamente rebasada, sin dilatación de la masa en movimiento, la hecatombe solar no tuvo la radical consecuencia que hubiese tenido unos años antes. Supervivientes humanos abandonaron el último reducto sobre el Sistema Solar. Plutón mismo desapareció en el año 13.000 de la Era Cristiana, en medio de una horrísona explosión.

—Persyak, estoy cansado de escuchar esa vieja historia —suspiró Zarko —. ¿Adónde quieres ir a parar con ella?

—Déjame terminar, y lo sabrás. Falta ya tan poco... En realidad son muchos miles de años, sí, hasta llegar a este de 54.890. Muere el siglo quinientos cincuenta, Zarko, y el Hombre, que tenía que haber muerto muchos miles de años atrás, sobrevive. No sólo eso, sino que hoy constituye una raza prodigiosa, de superhombres. Somos físicamente perfectos, moralmente limpios, intelectualmente desarrollados casi hasta el máximo. Y fíjate que digo «casi», porque Dios no puso límite al desenvolvimiento mental del ser humano. Un pueblo de gigantes físicos, espirituales y mentales, como nosotros, los hombres de Atlantis, los descendientes remotos del Hombre terrestre, precisan de una supercivilización, de un supersistema de Gobierno

como el del Control Federado que dirige y preside Tanak. Hemos dejado atrás todos los problemas, todas las dificultades, todos los obstáculos. Vencidas las antiguas leyes físicas que constreñían a nuestros pueblos a una Ciencia estúpidamente angosta y decadente, nuevos campos científicos, siempre enormemente ignotos, se abren ante nuestros ojos, ante nuestra capacidad. Hemos llegado a Orión, sí. Esta Constelación, cuya luz tardaba mil seiscientos veinticinco años en llegar a la Tierra. ¿Qué empleamos nosotros? Apenas un siglo. Un siglo, durante el cual la generación que emigró hasta aquí, huyendo del Apocalipsis solar, vivió, murió y se reprodujo a bordo de la enorme nave de velocidad infinitamente superior a todo lo concebido hasta entonces. Velocidad pobre, para nosotros, los racionales de hoy, como todo lo que pertenece al pasado.

—No sigas, por favor —Zarko se irguió en su formidable estatura, centelleando el oro de sus cabellos sobre el negro bruñido de su traje de reo de muerte—. Este azul mundo ha sido nuestro albergue, nuestro nuevo Paraíso Terrenal. Bajo la luz de Rigel, ese inmenso sol que cubre el espacio a lo largo de nuestros días, hemos llegado a ser lo que somos. Países, naciones de colosal poderío y civilización, en un suelo extraño y hostil, rodeados de un aire malsano y nocivo, que nuestras máquinas se encargan de purificar y adaptar a nuestros pulmones. Estos caparazones de cristal impenetrable, nos preservan del polvo cósmico, de la temperatura de Rigel, con sus treinta y cinco mil grados[1], y de los pesados gases que componen algunas capas atmosféricas de Atlantis. El ser humano no precisa trabajar, únicamente dejar que las máquinas lo hagan, que los «robots» actúen por ellos, que los fluidos magnéticos lo accionen todo, sin un solo esfuerzo manual. Alimentos, sueño, funciones orgánicas, comodidades, viajes, comunicaciones, incluso el simple hecho de PENSAR, privativo e independiente en todo ser racional, se controla, se crea artificialmente, se produce sin que nosotros queramos. Dime, Persyak, ¿es esto vida?

—Para seis millones de seres, en todo Atlantis, es la vida más maravillosa de todos los tiempos, la perfección del género humano, la cumbre del Saber y del Poder.

—¡La cumbre! Dime, amigo mío, ¿no fue cumbre de su tiempo la Era atómica e interplanetaria de la Tierra? Y después llegó la rápida agonía, la destrucción total... Lo volvió a ser, infinitamente superior, la del año 13.000, como antes lo fuera la del año 7.000 en Júpiter, como lo fuera el Diluvio, en los albores del Mundo. Y siempre, siempre, tras esa cúspide soberbia de fuerza y de dominio, de superación y refinamiento... está el fin, Persyak.

—¿El fin? —el hombre del casco blanco y la capa cristalina, hizo un encogimiento leve de sus cuadrados hombros, bajo el radiante uniforme—. ¿Qué fin, Zarko?

—No lo sé —el joven se mesó los cabellos, inclinó su poderoso cuello, de tensos músculos y acerados tendones—. Es algo que nunca se sabe, Persyak. Pero está en él aire, se presiente, se intuye... Es como si alguien nos acechara:

nuestro propio desastre, agazapado cerca, voraz y cruel, como una araña gigante de Júpiter, en tiempos de nuestra prehistoria. Créeme, Persyak, que he sentido miedo, mucho miedo.

—¿A qué?

—A ese peligro oculto, que yo siento tan cerca, sin saber DÓNDE está.

—¿Lo has sentido, dices? Y ahora, ahora que sabes que te han condenado a muerte, sin apelación posible, ¿qué sientes, Zarko, amigo mío? —el tono de Persyak era emotivo.

—Nada —sonrió dulcemente el gigante rubio de la superraza terrestre emigrada al remoto Orión—. Absolutamente nada. Paz y tranquilidad nada más. Si acaso, un vago temor. Por vosotros, los que dejo aquí. Por ti, Persyak, por el propio anciano Tanak, que tan ciegamente condena al único que tuvo sinceridad para enfrentarles a su destino, sin hipocresías ni mala fe... y también por ella.

—¿Ella? Sí, comprendo... Eso es lo peor de todo. Nuestra raza, que es capaz de dominar todos los sentimientos... no puede con el Amor.

—Nadie puede dominarlo. No lo lograrán nunca, mientras existan Hombre y Mujer.

—Pero se han creado paraísos artificiales, placeres infinitamente superiores a los físicos del ser humano, para vencer y controlar las pasiones humanas del corazón.

—Sí. Y se ha creado el corazón artificial, que suple al del hombre enfermo o agotado. Es... la vida eterna que tú mencionaste antes, ¿recuerdas? ¡Vida eterna! —rió Zarko despectivo—. Una vida mecánica, de autómata. Sin reacciones, sin espíritu... con el cerebro y una víscera artificial. Renuncio a ello, como renuncio a mi mundo de hoy, muerto, geométrico, frío y petrificado por su propia ancianidad. Todo lo que vemos de nuevo en nuestro progreso, no es sino vejez disfrazada, tal como le dije al Gran Consejo, tal como lo proclamé a los pueblos por las pantallas visoras universales.

—Y eso te condena a tu fin... en el Pantano de las medusas —dijo gravemente el visitante.

—¿Los Pantanos? —aun a su pesar, Zarko se estremeció ligeramente—. ¡Medusas! Me asquean el lugar y la forma de muerte elegidas, pero es lo de rigor en estos casos. La sabré afrontar con valor, por encima de la repugnancia a esos animales y sus lagunas horribles, pobladas de vidas humanas rotas.

—Si pudiera hacer algo por ti, por salvarte, amigo mío... sabes que lo haría.

—Claro que lo sé —lealmente, Zarko puso sus manos poderosas sobre los hombros amigos. Se sonrieron ambos pálidamente—. Gracias por todo, Persyak. Y hazme un último favor, ¿quieres?

—El que sea —sonó la ronca voz del otro.

—Despídete en mi nombre de Aries. Dile que tenía que hacerlo. Que me perdone, pero que es preferible morir abriendo los ojos a la Humanidad, a esta Humanidad que tanto ha luchado por sobrevivir y que está a punto de

perecer... antes de que siga viviendo con falsedad y amargura ante el destino que presiento para mis semejantes. Un mundo sin alma, Persyak, no puede ir muy lejos. Ni siquiera en este siglo...

—Tal vez tengas, razón —inclinó la cabeza—. Y así se lo diré a Aries, amigo mío...

* * *

—Padre, tienes que hacerlo... Tienes que salvar su vida, ahora que todavía es tiempo. Zarko te fue siempre leal, ha sido leal a todo lo que defendió...

Tanak, el viejo Tanak, de figura altísima, enjuta y bronceada, y nevados cabellos, denegó lentamente, sin moverse de su asiento rotatorio. Un simple contacto sobre un botón de su mesa, cortó la voz que le transmitía noticias a intervalos regulares.

—No puedo —dijo sencillamente—. El Gran Consejo resuelve en casos así, y su sentencia tiene carácter de inapelable. Ha sido condenado a morir en los Pantanos del Norte. Esta misma noche, cuando las lunas aparezcan en el cielo, una astrosfera le conducirá al lugar de su ejecución.

—Y las medusas, las horribles y voraces medusas de los Pantanos, acabaran con su vida —dijo, con voz estremecida de horror, la hermosa joven de traje escarlata, diadema azul prendida a los negros cabellos centelleantes y rasgados ojos color cobre—. ¡Es espantoso, padre!

—Es la Ley. Si hemos de ser un pueblo impasible, que destierre de sí los sentimientos que hasta hace poco hicieron débil al Hombre, empecemos por nosotros mismos, hija mía. Zarko ha sido leal hasta el día que se enfrentó al Gran Consejo y expuso unas descabelladas teorías sobre un origen desconocido de las catástrofes planetarias, atribuyéndolas a la acción de «algo» sin alma ni forma definidas, enemigo mortal en cambio de toda vida racional dotada de espíritu. Si hubiese presentado pruebas, acaso su osadía en oponerse a los planes del Gran Consejo sobre la vida eterna del Hombre con arterias, vísceras y organismos artificiales, se hubiera disculpado y olvidado. Pero Zarko llegó a más. Se revolvió contra los Consejeros, contra mí mismo, al ordenarle callar. Y llegó al extremo inaudito de subir al Estrado Supremo, conectar las pantallas visoras de todo Atlantis y proclamar a la Humanidad entera sus peregrinas, escandalosas y rebeldes teorías, encaminadas a fomentar el terror y la rebelión.

—Eso fue un acceso de locura, de impotencia ante vuestra sordera, padre —clamó Aries, desesperada—. ¡Pero no podéis matar a un hombre inteligente, fuerte y joven, sólo por eso! Zarko es un gran intelectual, pero también es hombre de acción y energía, no se somete a nada que no sea justo. ¿Acaso eres justo, padre, en esta ocasión?

—Siempre soy justo —replicó fríamente el anciano Tanak, taladrando a su hermosa hija con la dura mirada de sus ojos color de acero—. Ahora, déjame... Ya hemos discutido bastante ese punto. Y recuerda que el Amor, a partir de la Novísima Ley de Atlantis, queda prohibido como manifestación

pública de afecto entre los seres racionales.

Hizo un leve gesto sobre los numerosos botones de su mesa semicircular unida al asiento giratorio, y éste se hundió suavemente en el pavimento vidrioso, de color azul, sin dejar rastro del Presidente de Atlantis.

Aries hubiera derramado amargas lágrimas de dolor, pero tal expansión le era imposible en aquel planeta, bajo el sistema de control invisible, que impedía el llanto o toda manifestación de dolor, miedo, alegría y sentimientos parecidos, gracias a la acción rápida de los «glóbulos azules», aquellas menudas y flotantes esterillas opalinas, que igual que pompas jabonosas iban y venían por los techos de las estancias, calles y pinzas de las ciudades de Atlantis, prestas a caer sobre el primer ser humano que sintiera emociones intensas para absorber tales emociones y dejar en su mecánica frialdad al afectado.

Cuando Aries había sabido la cruel sentencia caída sobre su amado Zarko, no pudo evitar el llanto de dolorosa rabia, pero miríadas de las burbujas azuladas la habían rodeado suave, blandamente, y apenas llegaron a asomar dos húmedos centelleos a sus pupilas cobrizas cuando ya sentía secos los lagrimales y consolado el espíritu.

Entonces la hermosa hija de Tanak había huido de aquellos guardianes feroces. Feroces, pese a su suavidad bondadosa, porque eran enemigos de la Naturaleza, del sentimiento propio, al absorberlo y dejar aquella anormal, artificial laxitud que todo parecía consolarlo y apaciguarle, en una falsa y engañosa mejora del dolor.

Ahora se contuvo, miró con odio aquel progreso abominable de los hombres del año 54.890 y se dijo que ella no les proporcionaría tarea. No iba a llorar, aunque sentía que se le desgarraba el alma con la negativa decisiva de su padre. No iba a llorar, aunque a partir de la muerte horrible de Ludd Zarko en los Pantanos del Norte, absorbido por las voraces medusas, no fuese ya sino un autómata más entre los millones y millones de voluntarios autómatas que poblarían Atlantis, complacidos de no sentir ni sufrir... aunque, a cambio de ese alivio, tampoco fueran capaces de emocionarse, alegrarse o reaccionar frente a nada.

Salió de la estancia, sin recurrir a los mecanismos de impulsión automática. Ella sentía un poco los afanes de rebeldía de Zarko contra tanto automatismo y frialdad; ella prefería utilizar sus pies que las serpentinas en movimiento de los corredores, los elevadores mecánicos, las espirales vivas de acceso a los grandes edificios y las montañas de Atlantis y las mismas autosferas de traslación urbana.

Las rectas y angulosas calles de Atlantis-Centro, bajo el fabuloso caparazón de cristal refractario e inquebrantable, se le antojaron muertas y sin animación, pese a la gente que circulaba por sus aceras en movimiento de traslación, sin necesidad de mover un solo pie, o de los autosferas que hendían el aire oxigenado del interior de la ciudad, a velocidades ridículamente inferiores a las mil millas por minuto. ¿Qué importaban las velocidades en un

mundo donde cada edificio y cada medio de locomoción repelían en el acto cualquier otro cuerpo, eludiéndolo en una acción de superradar inconcebible en el pasado?

Sobre Atlantis-Centro, la inmensa esfera azul, borrosa y candente, de Rigel, el sol gigantesco de Orión, la estrella azul de luz veinte mil veces superior a la del desaparecido Sol de la Vía Láctea, ocupaba casi las dos terceras partes del cielo de Atlantis, pese a su formidable distancia, cien veces superior a la que el Sol tenía de la Tierra en el remoto pasado de los mundos.

Su luz, espectralmente azul, rabiosamente cristalina, llenaba también de azules resplandores aquel planeta tan distinto a la Tierra, origen de su raza. Aries pensaba con cierta nostalgia en lo que sería el mundo de sus antepasados remotos, aquel pequeño planeta del Sistema Solar, cubierto de verde, de mares azules, bajo un sol rojo dorado que haría la vida más bella y sugestiva que aquel frío azul que todo lo invadía... incluso los cuerpos, los cerebros y las almas de los superhombres del presente.

Un grupo de militares de blanco casco, en supercohetes urbanos, pasaron cerca de ella, y Aries no respondió al saludo respetuoso de los soldados de su padre. Iba ensimismada, pensando en lo que podría suceder aquella noche, mucho más al norte, en los lejanos pantanos negros, donde las terribles medusas esperaban ávidamente su presa...

Agotadas las esperanzas de un perdón del Gran Consejo o del Presidente Tanak, su propio padre, Aries aún disponía de una última y lejana oportunidad. Una oportunidad que iba a poner en práctica... aunque ello significara acaso el principio de una cruenta guerra entre los hombres.

Pero Aries estaba dispuesta a todo por su amor. A todo, con tal de salvar la vida de Ludd Zarko, el hombre a quien diera su corazón, contra todas las órdenes creadas para petrificar los últimos destellos espirituales de una raza tan vieja como los mundos...

CAPÍTULO II



L capitán Ursa cerró el botón del teletransmisor. Se pasó una mano nerviosa por la frente perlada de sudor, y miró luego a su subordinado.

—Tenemos que hacerlo, Tucano —dijo sordamente, irguiendo su formidable estatura, muy por encima de los dos metros habituales a los hombres de la época—. Es orden de ella.

—Pero... eso significa oponerse a la Ley del Gran Consejo y de Tanak —objetó el otro militar—. Ludd Zarko ha sido condenado por ellos. ¿Qué podemos hacer para evitarlo?

—Sacarle de ese pantano de muerte, Tucano —dijo con firmeza Ursa—. Nuestro Cuerpo ha sido creado para servicio de la hija del Presidente. Le juramos lealtad a Aries como capitán de honor de nuestra pequeña tropa. La Guardia Blanca no puede dejar de cumplir su primero y tal vez último deseo.

—También puede ser nuestro último acto de servicio. Sería mejor consultar con el Gran Consejo, con el Mando Unido de los Ejércitos de Atlantis, no sé...

—No fue eso lo que le prometimos a nuestra capitana Aries. El juramento de la Guardia Blanca del Norte fue apoyarla y obedecerla en todo, llegado el caso de serle útiles. Ese caso ha aparecido al fin. De modo, Tucano que ¡adelante con nuestra nave! ¡A los Pantanos de las Medusas, a salvar a Ludd Zarko de su sentencia!

Tucano sólo vaciló un segundo antes de cuadrarse militarmente ante el jefe.

—A la orden, señor. La aeronave estará dispuesta dentro de escaso tiempo.

Ursa miró, calculador, a través de los ventanales recubiertos de su pabellón al gigantesco disco azul que se hundía por el horizonte al terminar el día de Atlantis, con sus escasas cinco horas de duración, a las que seguían otras cinco de noche, una noche de un frío azul poblado por seis lunas, completando cada día atlántico.

—Sí —dijo finalmente el capitán de la Guardia Blanca—. Vamos a disponer de muy poco tiempo si queremos salvar la vida de ese hombre... Después de todo, las naves de la capital son infinitamente más rápidas, y ellos saben adonde se dirigen, mientras que nosotros tendremos que explorar

veinticinco mil millas cuadradas de pantanos poblados de asquerosas medusas gigantes. ¿Quién sabe el pantano que elegirán de entre tantos miles de ellos para arrojar a Zarko y dejarle allí hasta que, lentamente, las aguas limosas, y con ellas los voraces bichos, lleguen a envolverle?

Tucano respondió muy brevemente antes de salir:

—De todos modos, capitán, creo que la empresa está condenada al fracaso.

Una vez solo en su pabellón, el oficial de la Guardia nórdica puesta al servicio de Aries se encogió de hombros con pesimismo, musitando lentamente:

—Eso es lo que creo yo también... pero cumpliremos órdenes.

* * *

Eran como seis pálidos rostros azulados, brillando pobremente en el azul metálico y duro del firmamento de Orión. Distante la mancha de gases luminosos de la Gran Nebulosa y mucho más allá el brillo intenso de Betelgeuse, de Aldebarán y de miríadas de astros lejanísimos aún en la inmensidad de los espacios siderales, en la intergalaxia hasta las remotas claridades de Andrómeda, a casi dos millones de años-luz de Orión y sus mundos, eran las seis lunas lo más próximo y diáfano sobre las cabezas de Ludd Zarko, enteramente vestido de negro y con una capucha de igual color, brillante y tersa, aplicada sobre su cráneo, y de los tres hombres encargados de cumplir la sentencia del Gran Consejo.

Abajo, a centenares de pies bajo el cuerpo plano, ovalado, del rojo proyectil volador, las brumas formaban azulada espesura sobre las ciénagas repletas de hambrientas medusas.

Ludd Zarko aparecía inmutable. Su pétreo rostro broncíneo, bajo la dorada melena que ahora cubría aquel casco o caperuza negra, mostraba una expresión indiferente, totalmente apacible y como ajena al sacrificio inminente de su vida, joven y pletórica de facultades.

—Te admiro, Ludd —dijo uno de los hombres encargados de la ejecución, aquél que sobre su corta guerrera negra, con el emblema de plata de la Muerte, ocultaba su rostro tras una máscara amoldada a sus facciones, en negro lustroso. Tras los orificios abiertos, brillaban sus ojos oscuros con honda simpatía. Añadió—: Créeme, eres digno de admiración. No todos aceptan la última pena del Gran Consejo con ese total desinterés.

Zarko se apartó de sus pensamientos y dejó de mirar hacia el techo transparente, desde el cual las seis lunas azuladas eran testigos indiferentes del drama. Sonrió débilmente, contemplando a su enlutado verdugo oficial, el jefe de la nave y el que daría la orden de abrir la trampilla, precipitándole al pantano con su paracaídas magnético, que frenaría la fuerza del descenso, dejándole abandonado a su suerte. Todo condenado que se librase de las medusas, obtenía el perdón automático. Pero eso jamás había ocurrido, a lo largo de mil quinientos años de vida en Atlantis.

—La vida no tiene importancia, amigo —dijo lentamente el reo—. No sé

quién eres, ni tampoco me importa. No te voy a guardar rencor, porque tú cumples una orden superior, y es justo que obedezcas. Tampoco moriré maldiciendo a los demás, aunque esas alimañas de los pantanos me destrocen vivo. Porque posiblemente el fin de quienes quedan aquí, sea mil veces peor que el mío.

—¿Qué quieres decir? —se interesó el verdugo principal, cambiando una rápida mirada con los otros dos—. ¿Es que sigues pensando en lo que dijiste por los teledifusores?

—Siempre lo he pensado, y moriré con esa seguridad en mí. He estudiado las posibilidades físicas de hecatombes como la del Sistema Solar, y carecen todas de fundamento. Aquel desastre alucinante se anticipó a los cálculos más pesimistas en diez o doce mil años. En una palabra, NO PODÍA OCURRIR LO QUE OCURRIÓ. ¿Sabéis lo que eso significa?

—No.

—Significa que hay ALGO empeñado en que la raza humana desaparezca, en que los mundos habitables agonicen, uno detrás de otro. De dónde, por qué o cómo surge ese devastador peligro, es algo que ignoro. Puede estar ahí —señaló al espacio azul, frío y hermético—. En cualquier lugar de ese infinito, en cualquier mundo, luminoso u opaco, de los que nos rodean con inocente mutismo. Puede estar en la atmósfera misma que rodeó a nuestros antepasados milenarios, o en la actual que nos rodea a nosotros. ¿Quién lo sabe, quién lo sabrá nunca? Conmigo muere la inquietud por SABER. Mis cálculos, mis ideas sobre un enemigo fabuloso del Hombre, un enemigo que vive desde ANTES DE VIVIR EL SER HUMANO tal vez, morirán conmigo. He sido llamado rebelde, enemigo del Sistema. Más tarde me llamarán loco, visionario o lo que quieran. Y, al fin, un día, lejano o no, descubrirán que tuve razón y será tarde.

—¿Tarde para qué?

—Para evitar el verdadero Apocalipsis. Aquél del que ninguno se salvará...

Reinó un silencio de muerte en la nave. Sólo el suave ronroneo del motor, el silbido de los propulsores y el aliento de sus ocupantes, prestó algo de vida al momento. Después, tras un suspiro, el verdugo enmascarado comentó:

—Si es como dices, Ludd Zarko, ¿por qué atacaste al Gran Consejo? Mejor era unirse a él, adoptar medidas y luchar por evitar ese hipotético peligro del futuro.

—Lo intenté. Les hice ver que nuestro espíritu, nuestros ideales de hombres dotados de alma, sentimientos y emociones psíquicas, nos podían hacer superiores a ese ignorado enemigo que acecha en alguna parte del Universo. Por eso la Humanidad había luchado y resistido hasta hoy. Al mecanizarnos, al insensibilizarnos a todo lo bello e inmaterial, nos convierte en materia pura. Perfecta, pero inerme frente a un enemigo, si éste es INTELIGENTE Y SIN ALMA.

—¿Existe un enemigo así? —observó el verdugo, con escepticismo—. Siglos y siglos de traslado entre los planetas y mundos han demostrado que

ninguna forma de vida racional hay, aparte la humana, y muy pocas formas orgánicas del género animal.

—¡Y, sin embargo... en ALGÚN LUGAR hay vida, inteligencia! ODIO... a nosotros.

De pronto, Zarko se detuvo. El zumbador de a bordo vibró, casi inaudible, y una luz roja brilló sobre los mandos automáticos de la nave. Era el momento señalado para la ejecución.

—Ha llegado tu hora, Zarko —dijo solemnemente el verdugo enmascarado.

Hizo acción de acercarse a Ludd, para bajarle la capucha, mientras los otros dos vigilaban, con sus manos apoyadas en los resortes de mandos. La más leve actitud agresiva por parte del reo, determinaría una corta presión en los botones, y una carga inmovilizadora sometería a Zarko:

Pero el condenado sonrió, negativamente, y él mismo se bajó la flexible capucha, hasta enmascarar su rostro al igual que el de sus verdugos.

—Dispuesto —dijo sencillamente, mirando sus ojos verdes al jefe de a bordo—. Y adiós...

—Adiós, Ludd Zarko —dijo el otro, solemne—. Te vas como un valiente...

Luego, un resorte obró automáticamente, sin que nadie lo tocara. La orden era puramente telepática, surgida del cerebro del verdugo y recogida por un sensible receptor oculto, que la transmitía, hecha energía, a la trampilla sobre la cual se sentaba Zarko. Cedió ésta, sobre uno de los miles y miles de pantanos brumosos y Zarko desapareció.

El cuerpo de Ludd Zarko fue engullido por las tinieblas azules y desapareció lentamente bajo la nave roja, que remontó su silencioso vuelo, volviendo sobre sí misma para regresar a Atlantis-Centro.

El pesado aire del planeta, cuajado de helio, produjo un sibilante zumbido a medida que Zarko descendía, lentamente, hacia la superficie de los pantanos. La reserva de oxígeno, previamente inyectada en sus pulmones, dentro de cápsulas gelatinosas que se empezaban a disolver al contacto del cuerpo con el denso aire de Atlantis, permitiría a Zarko vivir aún una hora, sin necesidad de buscar el aire acondicionado de las grandes bóvedas cristalinas.

Esa era la única gracia concedida por el Gran Consejo a sus reos. La única oportunidad frente a las medusas: una hora de vida, de aliento. Si en esa hora, lograba eludir al voraz enemigo que por millones le rodearía, y alcanzar uno de los estrechos senderos rectilíneos de acero que formaban el entramado de los pantanos, dividiéndolos en enormes cuadriláteros de millas y millas de extensión, habría obtenido el indulto.

Un indulto que jamás ser alguno en Atlantis había alcanzado...

El verdugo dijo gravemente, mientras se arrancaba con lentitud la negra capucha de fibra elástica:

—Sentencia cumplida.

* * *

Un blando chapoteo... y había llegado.

Era el término de su viaje a la Muerte. Extendió las manos, mientras se hundía hasta la cintura en aquel limo oscuro, y, al contacto de sus dedos, formas blandas y vivas huyeron, haciendo gorgotear la superficie del pantano.

¡LAS MEDUSAS! Estaban allí. Sutiles, acampanadas, con sus delgados y vidriosos tentáculos retorciéndose entre las espesas aguas, dispuestas a adherirse, a succionar la vida de su inesperada presa.

Por primera vez, Zarko sintió un miedo invencible. No a morir, sino a la forma horripilante y nauseabunda de hacerlo. Cerró los dedos con furia, prensó y aplastó a una medusa, que se transformó en materia rota y en un líquido pulposo, que le corrió por la mano, estremeciéndole de horror.

Se iba hundiendo más y más. Arriba, muy alto sobre las brumas transparentes que flotaban como jirones de seda sutil encima de los pantanos, una luz se alejaba hacia Atlantis-Centro. El vehículo de sus verdugos volvía a su punto de origen, cumplida ya la sentencia.

Respiraba fácilmente en el denso helio formado sobre el líquido acuoso del pantano. Era la primera vez que se veía fuera del campo gravitatorio y acondicionado de las grandes urbes y notaba aumentado el peso de su cuerpo, la superior gravedad externa del planeta.

Cosas delgadas, largas y frías, se adherían a sus piernas y torso, reptando por el cuerpo, adhiriendo los finos tentáculos con ávida satisfacción. Zarko, asqueado, pugnó por zafarse de ellas con ademanes y manotazos violentos. Lo logró, pero sabía que no iba a poder resistir mucho. El líquido fangoso le alcanzaba ya el torso. Pronto llegaría al cuello, y aun entonces podría mantenerse flotando, con ejercicios natatorios exhaustivos. Así, soportaría un minuto, diez, acaso quince, pero ¿y después?

Miró, desalentado, a la distancia. Allí, las estrellas de Orión y las lejanas constelaciones hacían centellear las vías plateadas de las sendas o caminos de acero entre los pantanos. Demasiado lejos para alcanzarlas a nado. Demasiado distantes para una sola hora de aire respirable en los pulmones. Después, el helio y los gases ponzoñosos del aire atlántico acabarían con él, con igual virulencia que las mortíferas medusas.

Hizo nuevos esfuerzos y apartó de sus brazos cientos de cuerpos blandos y fríos, que latían con una vida espeluznante. Otros centenares empezaron a hacer presa en su cuerpo, el limo le rozó la barbilla y un par de medusas, reptantes, estiraron sus finos tentáculos hasta acariciarle los ojos a través de la negra máscara de condenado.

Zarko, de haberlas notado sobre su piel, sobre sus labios, hubiera muerto de asco. Agradeció entonces a sus verdugos el ritual de la capucha enlutada antes de la sentencia. Si no ayudaba, mejoraba algo las cosas.

La lucha prosiguió a partir de ese momento, mezclada con enérgicas brazadas, huyendo del centro del vasto pantano, buscando la senda de acero tendida entre las ciénagas. Era empeño inútil, pero valía más morir luchando por algo con que distraer la mente, a morir inmóvil, resignado y vencido. Que

ese algo fuera inaccesible, no importaba ya.

Las medusas le cubrían ya por completo, ejercían un lastre vivo tan terrible, que por momentos era más difícil seguir a flote, no hundirse en el pantano y perecer devorado, antes de que la reserva de oxígeno acumulada en las cápsulas ingeridas se agotase bajo las aguas.

No es que el líquido de aquel planeta fuera exactamente agua, sino una composición muy diferente, mucho más densa y nociva, pero por un ancestral sentimiento de nostalgia, los hombres de Atlantis la llamaron siempre como al precioso líquido del planeta Tierra, su cuna remota, y ya inexistente.

Empezó a hundirse insensiblemente en el limo azul, cuajado de cuerpos vivos, flotantes, informes y gelatinosos, que le asaltaban feroces. Cada vez encontraba cuerpos mayores, especies más y más gigantes de medusas. Ya no luchaba. Era inútil, y por otro lado se agotaban sus fuerzas en aquella lucha contra lo imposible.

Ludd Zarko iba a morir, y casi daba gradas al Cielo por ello.

—Gracias, Dios mío, por darme la muerte antes de lo que yo mismo esperaba —partió de sus labios yertos la oración hacia las alturas. Una oración de un hombre del año cincuenta y cuatro mil, dirigida a Aquél que seguía siendo todo para los hombres de fe—. Y sé benévolo con los humanos, ciegos de soberbia ante Tu grandeza...

Cerró los ojos, ya bajo el nivel de la superficie acuosa, para evitar los coletazos crueles de aquellos finos tentáculos. Sintió los millares de medusas adheridas a todo su cuerpo, extremidades y cabeza, aplastándole bajo su peso, hundiéndole en la sima de su tumba líquida y viva... donde sería devorado por sus repulsivos asesinos.

No llegó a percibir el zumbido del propulsor sobre su cabeza sumergida casi por completo, ni captó tampoco la luz amarilla, violenta y cegadora, que barrió la superficie del vivero de medusas, en busca de algún signo de vida que no fuese tentacular.

En ese preciso instante, Ludd Zarko se había desvanecido...

* * *

—Todo inútil —dijo desalentado el capitán Ursa, cortando el suministro de luz de los focos—. Ha muerto ya... No se ve rastro alguno de ser humano en ninguno de los pantanos. Volvamos a nuestra base.

El aparato de la Guardia Blanca del Norte giró sobre sí mismo, y con los faros apagados regresó, por entre jirones de bruma azul, a su punto de salida.

—¿Qué diremos a nuestra amada Aries? —observó uno de los tripulantes, separando sus ojos del visor, sobre el cual se hacían más y más pequeños los cuadriláteros de fango vivo, delimitados por sendas de metal.

—La verdad —dijo Ursa, con voz sorda—. Que Ludd Zarko ha muerto...

* * *

—¡Muerto! —Aries Tanak sepultó su rostro entre las manos. Inmediatamente, descendieron del techo miles de burbujas azules, para absorber su dolor y su llanto, pero aún quedó lo suficiente en el alma de la hermosa joven para brotar varias gruesas lágrimas que resbalaron por sus mejillas. Repitió, en un desgarrador sollozo—: ¡Muerto Ludd!

—Hicimos cuanto fue posible —manifestó lentamente Ursa, cuadrado ante ella, dentro de su deslumbrante uniforme blanco y de la alba capa translúcida —. Pero llegamos tarde.

—Gracias, capitán —era Persyak quien hablaba ahora, con tono grave—. Aries le agradece de todo corazón sus esfuerzos. Después de todo, otra cosa hubiera sido un milagro. Y el hombre del siglo quinientos cincuenta ya no cree en milagros... tal vez para desgracia de todos. Puede retirarse.

Ursa hizo un doble saludo, a Aries y a Persyak, y dejó solos a la hija del Presidente de Atlantis y al Secretario del Gran Consejo y amigo leal de Zarko hasta su trágico fin en el Norte.

Persyak palmeó suavemente a Aries. Las burbujas subieron veloces al techo, cuando los hermosos ojos cobrizos de la muchacha se clavaron en el noble soldado y amigo.

—Animo, Aries —dijo Persyak—. Tal vez, después de todo, él sea el más afortunado de todos nosotros. Si sus teorías, sus cálculos y conclusiones tenían el más leve indicio de certidumbre, el futuro de la Humanidad, incluso aquí, en Orión, será espantoso...

—Ludd siempre acertó —musitó Aries con plena convicción—. En eso tiene que acertar también.

—Y si así ocurre, todo estará perdido. Estaremos asistiendo todos, sin saberlo, a una auténtica agonía del último de los mundos habitados.

—Mientras el único que supo advertirlo fue tomado por rebelde y por loco... —completó ella amargamente—. ¿Mereceremos, en ese caso, alguna compasión?

—Ninguna —dijo con dura sinceridad Persyak—. Ninguna, Aries...

Pero esa afirmación, esa lealtad del amigo, no aportó consuelo al espíritu maltrecho de la joven, que se abatió sobre su asiento automático, el cual se deformó bajo su peso adoptando la forma de un lecho, y en él quedó tendida Aries, llorando sin lágrimas, secos los hermosos ojos, al hombre elegido por su corazón.

Un corazón que todavía latía por ley de la naturaleza, y no por dictado de la Ciencia. Un corazón que sentía, amaba y sufría. Algo mucho más hermoso que lograr la inmortalidad a cambio de la sensibilidad del alma, como ultramodernos y diabólicos Faustos de una civilización superdotada...

CAPÍTULO III


O era posible. Tenía que haber muerto.

Pero entonces... ¿por qué abría los ojos? Cierto que él creía en otra vida, otra existencia inmortal, sin necesidad de vísceras artificiales ni destrucción de los sentimientos, sino todo lo contrario. Sin embargo, tal vida, situada al otro lado de la barrera de las sombras, no podía ser «ésta» que contemplaba.

Aquel cielo intensamente azul, aquel enorme astro solar, cubriendo todo de azul deslumbrador, era el mismo de siempre; la bóveda celeste de Atlantis, y su fabuloso Rigel, el supergigante azul que cubría casi todo el espacio visible. Y él... él estaba allí aún.

No sentía humedad en sus músculos, no advertía nada blando y viscoso contra su epidermis. Respiraba profundamente, pero respiraba el aire, no el contenido de cápsula alguna. Y encima de su cabeza, una cóncava forma de cristal le separaba del exterior.

¿Dónde se hallaba Ludd Zarko, el atleta rubio hundido en los pantanos?

Una voz suave, pastosa y acariciadora, pareció responder a su interrogante, adivinándole los pensamientos que, confusamente, revoloteaban en su cerebro:

—No temas nada. Estás entre amigos, Ludd Zarko... Entre verdaderos amigos, y a salvo.

Parpadearon sus ojos color esmeralda. Miró fijamente, con verdadero asombro, a la mujer que le hablaba. Y vio la más asombrosa cabellera roja que contemplara jamás. Una melena de color luminoso, larga y ondulada, bajo el pequeño casquete ligero, de color azul. Debajo de ese pelo, unos rasgados ojos celestes, unos exóticos rasgos y un óvalo pronunciado. La hermosa figura, ceñida por un atavío elástico de color cobalto, era sinuosa, exuberante de vida y de encantos físicos.

—¿Quién eres tú? —preguntó cansadamente Zarko, advirtiendo que esta tendido sobre una litera amoldable, de las que adoptaban la posición requerida por su ocupante sin necesidad de resortes o mecanismos.

—Dahlia Langstrom —dijo lentamente la dama del cabello rojo—. Jamás nos hemos visto antes de ahora. Sin embargo, a mí y a mi tío, el profesor Thold Langstrom, debes el seguir con vida.

—Eso no lo dudo. Pero si es así... ¿por qué tú sabes mi nombre?

—Porque el nombre de Ludd Zarko es hoy famoso en todo Atlantis; Y, sobre todo, para nosotros. Tú eres la prueba viva que mi padre necesitaba.

—¿Yo? —Zarko enarcó las cejas, bajo la mirada intensa de aquella inquietante mujer—. ¿Qué clase de experimento planeas hacer conmigo, Dahlia?

—Ningún experimento tal como tú puedes imaginar —dijo una voz reposada, lenta y de graves inflexiones, a espaldas de la muchacha del pelo rojo.

Ella se apartó, y un nuevo personaje apareció en el campo visual del acostado Ludd; era un hombre de estatura normal, acaso rozara los dos metros sin llegar a ellos, pelado cráneo, agudos ojos grises y duras facciones, inteligentes y vivaces. Una guerrera de alto cuello cerrado y un ceñido pantalón de fibra metálica se ajustaban a su fornida figura.

Jamás le había visto.

—¿Es usted el profesor Langstrom? —interrogó Ludd, más dueño de sí.

—El mismo, Zarko. Yo no hago experimentos ni investigo cosas cercanas a mí. En eso nos parecemos tú y yo. Hemos seguido, en realidad, caminos paralelos en la investigación profunda del pasado de la Humanidad y su cataclismo planetario.

La mirada verde y jaspeada de Ludd se animó con una nueva vitalidad. Sus músculos de coloso se hincharon bajo la ropa negra de reo a muerte, aún adherida a su cuerpo, aunque totalmente seca, y logró incorporarse. Un muelle lecho se irguió con él, amoldándose a su posición de ahora, sin un solo ruido.

—Esto parece interesarte, ¿verdad? —sonrió pálidamente la hermosa pelirroja.

—Y mucho —asintió Ludd, con un enérgico cabezazo—. Es el primer hombre en Atlantis a quien oigo decir tal cosa.

—Posiblemente hayamos sido los únicos interesados en el problema pendiente sobre nuestras cabezas desde hace más de quinientos siglos. Sabes que no es fácil investigar en un pasado tan remoto, y desde esta fabulosa distancia de Orión al desaparecido Sistema Solar. Lo que se extinguió, difícilmente se reproduce.

—Yo apelé a los viejos documentos. Películas, visioncopios y fotografías de miles de años de antigüedad —dijo animadamente Zarko, muy interesado.

—Yo también —sonrió Langstrom. Le tendió la mano—. Pero dejemos eso, Zarko. Has pasado muy malos momentos en aquel pantano, hasta que mi nave individual te localizó, gracias a la potencia y alcance de mis focos de luz dorada, y logré extraerte del fango mortal con un poderoso succionador de materia a base del vacío.

—Tuvo que ser un salvamento milagroso, cuando apenas si sobresalía del pantano...

—Lo fue. Unos segundos más, Zarko, y hubieras sido festín de las medusas —captó el estremecimiento de Ludd, comprendió su razón y se

apartó del tema—. Bien, pasemos a otra cosa: necesitas reparar fuerzas. Anoche mismo te inyecté alimentos sintéticos, pero sólo los utilizo como recurso. Soy un verdadero anticuado, pero opino que el mundo todavía necesita los alimentos sólidos, capaces de ser masticados y digeridos. Con paladar, con sabor...

—Eso se ha olvidado en Atlantis hace casi dos siglos.

—No en mi casa. Dahlia, ¿quieres servir la comida a nuestro huésped?

La bella joven asintió, sonriente. Un leve contacto de su mano sobre un muro cristalino hizo surgir ante Ludd un cuadrilátero esponjoso, totalmente vacío. Brotaba del suelo, a usanza de los viejos sistemas de comedores magnéticos. Y también al estilo de pasados siglos, los invisibles condensadores electrónicos de materia hicieron aparecer sobre la mesa fuentes de alimentos sólidos. Humeantes, reparadores y con un apetitoso aroma, olvidado por los superhombres de la Novísima Era.

Ludd Zarko, cuando atacó las viandas como cualquier hombre de dos, tres o cuatrocientos siglos atrás, se sintió próximo a la felicidad. Una felicidad olvidada desde mucho tiempo atrás por los humanos, desde que los sistemas nuevos impusieron las bebidas, alimentos y placeres sintéticos, servidos por inyectables o cápsulas concentradas.

—El Progreso —dijo Ludd, masticando por fin algo sólido y sabroso—, a veces da terribles saltos atrás, profesor Langstrom. Dios le bendiga por este instante de felicidad que me proporciona.

—Y sin los terribles «glóbulos azules» de Atlantis —sonrió Langstrom—. Es otro de los privilegios de mi escondido refugio de las tundras nórdicas, Zarko. Aquí ponemos ser felices o desdichados, sin parásitos que nos absorban las sensaciones psíquicas.

—Casi son seres libres, en un mundo petrificado y sin alma —suspiró Zarko.

Luego, siguió su almuerzo, bajo el sol azul de Orión, como si el Tiempo se hubiera detenido de pronto, dando un gigantesco salto al pasado, para demostrar que el Hombre no siempre avanzaba hacia adelante en su afán de perfecciones.

* * *

—Ahora podemos hablar seriamente de nuestros problemas, Zarko —dijo el profesor Langstrom, indicándole una habitación contigua—. Entra, por favor, amigo mío.

Ludd lo hizo. Le siguieron Langstrom y su sobrina Dahlia. El sabio cerró una puerta circular con su propia mano. Sin resortes, sin procedimientos electrónicos. Como en el nacimiento del mundo.

Era una estancia cubicular, blanca y pulimentada, con una pantalla oval y un cuadro de controles y botones debajo, dispuestos en una mesa semicircular. Asientos adaptables esponjosos aparecían por doquier, formando una reducida sala de asistencia a lo que la pantalla proyectase.

—Antes de que veas lo que tengo que mostrarte, Zarko, permíteme que haga un leve preámbulo explicatorio —dijo Langstrom, volviendo hacia Ludd su firme cabeza afeitada—. Mi sobrina y yo invertimos años en descubrir lo que hemos llegado a saber. Cuando ella era una niña, ya me ayudaba en esto. El Gran Consejo de Atlantis consideró mis tareas científicas e investigadoras como inútiles e incluso nocivas, y me desterró tras haberme negado yo por tres veces a abandonar mi tarea y acatar sus disposiciones. Contigo han sido más severos, porque tú osaste desafiarles tratando de abrir los ojos a las gentes, y eso jamás se toleró en las naciones y en los sistemas del hombre. Yo, más humilde y resignado, acepté el destierro en las tundras heladas del Norte, no lejos de los Pantanos. Aquí hemos vivido Dahlia y yo; ella es voluntaria compañera de mi destierro y mi más leal colaboradora, Zarko. A veces, la Ciencia precisa de la agudeza e instinto femeninos para salir adelante de importantes atascos.

—¿Qué es lo que buscabais, exactamente? —quiso saber Ludd.

—Primero, la razón de esto... —se acercó a la pantalla y pulsó el botón rotulado con el número 1. Tras una pausa, durante la cual cruzaron el visor oval numerosas ondas de luz y color, terminó aclarándose una imagen viva, con movimiento. Una imagen antigua, casi olvidada ya de los seres humanos: la de una pequeña esfera azulada, rodeada de brumas, flotando en el vacío tachonado de astros, con un rojo disco de fuego al fondo, iluminando uno de sus hemisferios—. ¿Conoces esto, Ludd Zarko?

—¡La Tierra!... —Ludd se quedó sin aliento, clavados los verdes ojos en la pantalla, mientras la luz de la estancia se amortiguaba automáticamente, suplida por una penumbra violácea, en la que la pantalla multicolor destacaba con más fuerza—. ¡Dios mío, nuestro viejo mundo primitivo, origen de la raza humana!

—La Tierra, sí —el tono de Langstrom, en la sombra, fue sencillo, pero intenso—. Ahora observa esto, Zarko. Estamos en mil novecientos setenta... ¿Ves esas explosiones sobre la corteza terrestre, que saltan con intermitencias acá y allá? Son explosiones nucleares, bombas atómicas y otros ingenios creados por nuestros antepasados... Se matan entre sí, como locos, estúpidos y ciegos. Pero no es eso la importante. ¡MIRA AHÍ!

Ludd clavó su mirada en la nueva imagen que recogía la pantalla. La Tierra, el mundo extinguido por la hecatombe solar, aparecía más cerca, envuelta en gases atmosféricos.

Y hacia la Tierra avanzaban ahora, dejando en el vacío rectas estelas de luz, extrañas formas circulares, también luminosas, de rara fosforescencia. Procedían de los espacios exteriores al sistema Solar, y acudían en legiones hacia la Tierra, constituyendo verdaderas flotillas con aparente rumbo fijo.

—Les llamaron «platillos volantes» —informó la voz monocorde de Langstrom—. Se decía que eran «pura fantasía de los imaginativos»; pero existían. Venían de alguna parte del Universo que jamás se llegó a descubrir.

—¿Y esas fotografías animadas, desde dónde fueron conseguidas?

—Al parecer las logró uno de los satélites artificiales enviados por el hombre al espacio, satélite que jamás recuperaron y que por lo visto cayó averiado en otra órbita, siendo arrastrado a un asteroide, de donde una expedición secreta lo rescató mucho más tarde, cuando ya era totalmente inútil como documento alarmante.

—¿Eran invasores?

—¿Invasores? ¡Oh, no! Nunca acudieron esas naves extraterrestres con intención agresiva, sino todo lo contrario. Eran SUPERVIVIENTES DE OTRO MUNDO, huyendo a la destrucción, tal y como nuestros antepasados huyeron a la suya, saltando de mundo en mundo. Ellos también, fueran quienes fueran y procedieran de donde fuese, buscaban un refugio. Pero sin duda la atmósfera terrestre fue mortal para su diferente forma de vida, y perecieron antes de poder avisar a la Tierra y a sus gobernantes.

—Avisarles... ¿«de qué»? —el tono de Zarko era tenso, agudo y excitado.

—Del peligro, Zarko. De ese mismo peligro que tú has descrito a nuestros hermanos y que ellos han rechazado como absurdo, condenándote por rebelde. De un peligro que aniquila a todos aquellos mundos donde hay alguna forma de vida racional... ¡Mira ahora, contempla esa pantalla, amigo mío!

Ludd permaneció como fascinado frente al visor iluminado por las imágenes vivientes del pasado. Asistía ahora a las escenas apocalípticas del desastre solar, de su estallido pavoroso y de los millones de fragmentos que saltaban por el espacio, alcanzando e inflamando a la Tierra, a otros planetas. La imagen era lejana, tomada acaso desde Marte o uno de sus satélites naturales, pero era limpia, clara, terriblemente expresiva. Bruscamente, Langstrom cortó la proyección. Volvió la luz a la sala. Miró el rostro pálido del gigante rubio y dijo con voz sorda:

—Eso, Ludd, fue el principio del fin. Y tú lo sabes...

—No lo sé aún —respondió el joven, roncamente—. Únicamente lo sospecho, lo temo.

—Es la verdad. Ahora vas a ver algo nuevo, diferente... ALGO QUE NO HA VISTO SER HUMANO ALGUNO TODAVÍA, APARTE MI SOBRINA Y YO... Dahlia, danos los visores, por favor...

En silencio, Dahlia abrió un compartimiento del muro y extrajo tres pares de unas extrañas gafas binoculares, cuyos cristales flexibles mostraban un intenso color indefinido, más bien de negrura total, ligeramente amoratado según los reflejos.

—Póntelas, Zarko —dijo el profesor, adaptándose él mismo unas. Y Dahlia también se ajustó las que restaban.

Ludd hizo lo que se le pedía. Acto seguido, la mano de Langstrom movió el mismo botón anterior. La escena apareció de nuevo en la pantalla. La explosión solar, la Tierra y su inflamación apocalíptica, surgieron otra vez ante sus ojos, velados ahora por aquellos vidrios, que proporcionaban una curiosa visión azul-violácea, casi fantasmal.

Zarko lanzó una exclamación de asombro al advertir lo que sus ojos no

lograron captar directamente. ¡UN EXTRAÑO HAZ DE RAYOS VIOLETA CONFLUÍA EN EL SOL, DESDE UN PUNTO SITUADO FUERA DE LA IMAGEN, Y ALLÍ DONDE TOCABAN, SE PROVOCABA EL CATACLISMO SOLAR!

—¡Cielos, no puede ser cierto! ¡Ha de ser una ilusión óptica! —musitó—. Esas estrías de luz violeta que cruzan el Cosmos...

—Esas estrías de luz, invisibles al ojo humano e incluso al de cámaras fotográficas de entonces o de ahora, y también de cualquier sistema ultravioleta o infrarrojo, amigo mío, significan una sola cosa, sencilla y clara: es una forma de BOMBARDEO SOLAR. En otras palabras, el Sol fue ATACADO, DESTRUIDO DESDE OTRO PUNTO DEL ESPACIO.

—¿Pero desde qué punto? ¿Dónde hay seres inteligentes y agresivos, capaces de tal cosa? —se exaltó Zarko—. Yo he defendido esa misma teoría, he estado a punto de morir por ella, y sin embargo... Sin embargo no puedo creerla, ahora que la veo ante mí hecha realidad.

—Has preguntado de dónde parte esa luz de muerte, y yo te lo voy a decir, en la medida de mis cortos conocimientos —dijo sencillamente el profesor, cerrando la visión otra vez y despojándose de las gafas especiales.

Le imitó Zarko, que miró alternativamente a la bella muchacha de pelo rojo y a su tío.

—¿Y estas gafas, o «visores»... y esa luz violácea... ¿cómo ha dado usted con ello?

—Descubrí la «Luz Fría» y sus aplicaciones. Es un medio de claridad que permite la visión más allá de los límites del espectro. Más allá del infrarrojo o del ultravioleta, en la invisibilidad absoluta, donde parece que no existe luz ni formas... HAY LUZ Y FORMAS, Zarko. Ese hallazgo casual me permitió descubrir aquel ataque al Sol y su tremendo significado. Fue un desastre muy antiguo, sí, pero... ¿no es cierto que el peligro del exterminio ha seguido al hombre por doquier? ¿Por qué? Acaso la respuesta esté ahí.

—Pueden ser, sin embargo, una especie desconocida de rayos cósmicos, de polvo estelar, sin intervención inteligente alguna...

—También lo pensé yo —mientras hablaba, movió una moldura, y todo un blanco panel se deslizó, dejando al descubierto un muro azul, en el que se veían, reproducidos, planetas, mundos, estrellas, constelaciones y toda clase de cuerpos celestes conocidos, incluido el viejo sistema Solar. Un nuevo resorte, accionado mecánicamente, iluminó la enorme reproducción mural, dando la sensación de ser, en realidad, el firmamento. Langstrom seguía—: Pronto descubrí que no era cierto. El análisis de su espectro, ajeno al conocido por el hombre en la luz visible, no coincide con forma alguna de energía cósmica. Es terriblemente candente, y además, sus variaciones en el rumbo demuestran que VAN DIRIGIDOS. Ahora, Zarko, observa esto...

Ludd, profundamente turbado por la demostración palpable de todas sus teorías, asistió al nuevo experimento. Sin que el profesor tuviera que accionar en el muro luminoso, éste se pobló de unos delgados hilos de luz, formando

haces movibles y rápidos, que se concentraron en el disco solar. Este se apagó, siguiéndole la azul esfera de la Tierra, Venus, Marte, Mercurio, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno, Plutón y todos los asteroides, satélites y cuerpos celestes existentes en la órbita solar.

Ahora, los rayos se difuminaron, sin apagarse del todo, y acudieron al vacío, vagando por él sin rumbo fijo. Repentinamente, enfocaron hacia Orión, subieron como largas sierpes vivas de luz y se concentraron en Rigel. Esta vez, al apagarse la estrella azul, gigantesca y cegadora, se apagó a la vez toda la constelación, y el cielo se pobló de menudos puntitos de luz, vagando errantes.

—Ese es nuestro futuro, si los rayos siguen lanzándose al espacio. No importa lo que tarden —dijo Langstrom—, porque «ellos», quienes sean, no tienen prisa. Quizá no exista el tiempo en el punto de origen de esas luces de muerte. Pero ese caos llegará... y la raza humana se habrá extinguido definitivamente, en su último reducto.

—Pero... ¿de dónde llegan? Esa es la pregunta importante.

—Y también la respuesta —Langstrom rió. Se acercó al diagrama luminoso del cielo y movió un pequeño botón. Volvió a verse el haz de rayos, concentrándose en el sol. Rápidamente, movió otro resorte, y los rayos destructores se inmovilizaron. Todo quedó quieto en la imagen a escala reducida. Entonces, bastó a todos una simple mirada que iba más allá de los rayos a la prolongación de los mismos. Los ojos de Zarko pasaron muy lejos de todos los mundos, siguieron adelante, tras rozar una enorme nebulosa, y de repente se encontró con el origen de aquellas estrías de luz lanzadas a través del Universo.

Se volvió perplejo, mirando a Langstrom, que asintió gravemente.

—Sí, muchacho —habló con amarga desolación—. Eso es lo terrible.

—Pero esos rayos...

—Esos rayos, aparentemente, NO VIENEN DE NINGUNA PARTE, sino del vacío, de la negrura infinita, situada más allá de Andrómeda, a dos millones de años-luz de nosotros...

CAPÍTULO IV



SE rincón del espacio, ¿tanto te preocupa, Ludd Zarko?

El atleta rubio se volvió lentamente hacia Dahlia Langstrom, parada a espaldas suyas. Sobre sus cabezas, la bóveda de material cristalino permitía distinguir la mancha de luz de la Gran Nebulosa de Andrómeda, la Galaxia situada a distancia ingente. Y más allá de ese remoto sistema de mundos y estrellas, un inescrutable fondo de negruras.

—Mucho —afirmó lentamente—. Lo que está detrás de Andrómeda, Dahlia, puede haber desaparecido hace miles de años o seguir ahí, acechando, clavando en nosotros sus ojos malévolos...

Dahlia rió. Era la suya una risa cristalina, tonificante. A Ludd le agradó oír reír a una mujer sin que el control de los «glóbulos azules» impidiera la expansión.

—Eres terriblemente imaginativo —dijo, después de su estallido de hilaridad—. Ya les has atribuido ojos, y una se los imagina agazapados, invisibles y feroces, como si fueran a saltar encima de nuestras espaldas cualquier día.

—¿Acaso no ocurrirá eso alguna vez? —murmuró gravemente Ludd—. No sabemos lo que puede haber ahí escondido, en esa aparente oscuridad que los ojos humanos no atraviesan.

—Yo he estudiado horas enteras esa región celeste con los visores. Jamás advertí nada que confirmase la teoría de mi tío. Ni una forma, ni un cuerpo celeste siquiera. Ni rastros de sombras luminosas.

—Los visores del profesor revelaron la existencia de rayos de luz potentísimos, calcinadores. Pero esos rayos son de una luminosidad infinitamente superior a la de su lugar de origen, como ocurriría en igual escala de ser nosotros los que los lanzáramos. Si eso es así, Dahlia... ¿no cabe en lo posible la existencia de un mundo opaco, sin luz, situado más allá del espectro visual del hombre, e incluso del visor de «Luz Fría»?

—Sería como descubrir otra dimensión —sonrió Dahlia—. No creo en ello, Zarko.

—Otra dimensión... —miró, con interés a la joven—. Sí, no es ninguna tontería. Es... una nueva dimensión en el campo luminoso. Puede serlo en

todo lo demás... ¡Oh, terminaré loco si sigo mirando a ese maldito lugar del Universo!

—Un error imperdonable, teniendo cosas que mirar en nuestro mundo —dijo maliciosamente la pelirroja, adelantando su rostro hacia Ludd.

Pero el gigante rubio estaba demasiado abstraído para advertirlo, y de nuevo volvió sus ojos hacia el vacío, más allá de Andrómeda.

Despechada, Dahlia se alejó, dando media vuelta con gran coraje, y dejó solo a Ludd en su observatorio celeste.

* * *

El Presidente Tanak examinó, absorto, el ingenio magnético.

—Es el más portentoso invento creado por el hombre, Ashur —afirmó lentamente, mirando al menudo hombrecillo de tez morena y cabellos grises que se frotaba las huesudas manos junto al extraño poliedro de espejos metálicos, centelleantes y tersos—. La forma ideal e increíble de llegar a todas partes y de vencer al Tiempo.

—Cierto, Presidente —afirmó Ashur, ceremonioso, inclinando su abultada, cabeza—. Es la obra de cientos de años de desvelos.

—¿Cientos? —la ironía flotó en la dura mirada gris del anciano padre de Aries—. No pareces tan viejo, Ashur.

—No podría serlo, señor. Aún no he cambiado mi corazón, mis pulmones y mis arterias por otras artificiales de duración infinita. Soy totalmente humano, y apenas llego al centenar de años. Pero antes de mí, mis abuelos y mi padre trabajaron en la creación del «Magnetomóvil». Hoy es, al fin, una realidad. Una realidad al servicio de Atlantis y de la raza humana. Quiera Dios que su empleo sea para bien de todos.

—Lo será —afirmó Tanak, gravemente—. Ashur, serás recompensado, como tu gesta merece, con el cargo de Jefe Supremo de los Servicios Especiales del Gran Consejo.

—Es demasiado honor, señor.

—También es demasiado ingenio, Ashur —aseveró Tanak, mirando con aire preocupado el singular poliedro de espejos—. Me asusta un poco tu obra.

—¿Por qué, señor? —sonrió Ashur, ligeramente divertido.

—No lo sé. Pero posee algo de temible. El hombre, pese a sus miles de años de existencia y de progreso, es aún torpe, ingenuo y soberbio. Lo somos todos, Ashur, por altos que estemos. Y me pregunto si seremos capaces, en nuestro orgullo y torpeza, de manejar un medio así de traslado en el espacio, para la mejor causa de nuestro mundo.

—Con esa esperanza fue realizado, señor —dijo sencillamente Ashur—. Con esa misma esperanza os lo entrego hoy. Y estoy dispuesto a ofreceros la primera prueba de mi invento en el día y hora que fije el Consejo.

—Convenido, Ashur —Tanak saludó al inventor, que se quedó solemnemente inclinado junto al poliedro magnético, y abandonó la amplia sala de audiencia, seguido de sus consejeros más allegados.

El largo corredor, provisto de cinta rodante, les condujo a la nave central de la residencia de Tanak, amplia y solitaria. En el cielo de Atlantis, Rigel era un disco esplendoroso, de crudo y cegador azul. A través de los altísimos ventanales, la ciudad ultramoderna, geométrica y metálica, centelleaba fríamente.

—¿Qué piensas de ese diabólico poliedro, Persyak? —preguntó repentinamente Tanak a su más próximo Consejero, el joven militar amigo de Zarko.

—Señor, es difícil juzgar tales ingenios, y mucho más considerar que hoy en día pueda existir nada «diabólico». Pero mi sincero criterio es que supone un avance fabuloso en la Historia de la Ciencia, y posiblemente un medio ideal de viajar en el Espacio o en el Tiempo.

—Sí, es precisamente lo que me preocupa... —suspiró Tanak, agregando rápido—: Nunca oí hablar de ese inventor, Ashur. ¿Os habéis informado de él?

—Ciertamente. Los teleinformes del Sur señalan que es un oscuro físico, que ha trabajado, sin relieve y durante años enteros, en cosas sin importancia. Sin duda preparaba su gran obra, ya que se sabe trabajaba en el mayor secreto durante las noches. Y hace poco, abandonó el Sur de Atlantis para acudir a la capital con su invento. Es un hombre apacible, honrado y discreto, según esos mismos informes de la Policía del Sur. ¿Te calman esos informes?

—No. Es el poliedro el que me asusta; es su posibilidad asombrosa de trasladar a los seres que en él se encierren al punto del espacio que se desee, proyectando la materia a distancias fabulosas y condensándola allí de nuevo sin merma alguna de su forma original. Es... demoniaco, Persyak, aunque tú creas que no me expreso bien.

—No me refería a eso cuando dije antes que no creía en lo diabólico, sino que...

De repente se detuvo. Habían cruzado una de las puertas circulares del palacio presidencial, abiertas electrónicamente al paso de la serpentina rodante de los pasillos, y en ese preciso instante una figura surgida de entre unas columnas se abalanzo sobre el anciano Tanak, esgrimiendo un centelleante objeto entre sus dedos.

—¡Cuidado, señor! —grito Persyak, saltando acto seguido de la banda rodante para aferrar las muñecas de quien atacaba, cosa que logro en dura pugna, bajo la mirada petrificada de Tanak y sus consejeros.

—¡Suéltame, Persyak! —gritó la persona agresora, soltando a viva fuerza el objeto brillante, que al choque con el suelo vidrioso despidió chispas azules —. ¡Tengo que matar al tirano, he de acabar con él para liberar al mundo de la esclavitud mecánica!...

Había un terrible revuelo de burbujas azules en el techo, mientras ambos contendientes pugnaban por lograr su objetivo. Finalmente, Persyak impuso su mayor fuerza física al coraje suicida del enemigo, y redujo a éste, rugiendo con voz potente:

—¿Te has vuelto loca, Aries? ¡Es a tu propio padre a quien intentabas matar!

Aries Tanak, jadeante, pálida, estremecida y trémula entre los poderosos brazos de Persyak, miró con odio al anciano Presidente, lívido pero tranquilo y dueño de sí.

—¡Mi padre! —repitió con sorda cólera la hermosa muchacha—. ¡Dejó de serlo cuando dispuso la muerte del único hombre sincero y noble que había en Atlantis! ¡Y mejor estaría muerto que envenenando a la Humanidad con su tiranía y su soberbia!

—Aries... ¿tu, mi hija, hablar así de mí? —dijo roncamente el viejo Tanak.

—¡No soy tu hija! ¡Te ODIO, prefiero morir mil veces a verte frente a mí, asesino! ¡Yo amaba a Zarko! ¡Y el amor es aún más fuerte que tú, lo será siempre, por encima de vuestras infamias, porque el alma siempre vencerá a la materia! ¡Zarko se interpondrá siempre entre tú y yo, separando nuestros cuerpos, nuestras almas y nuestra sangre!

—¡No sabes lo que dices, Aries! —jadeó Persyak, desconcertado.

—Déjala, Persyak —dijo lentamente Tanak. Ahora su voz cobró un tono frío, metálico—. No trates de convencerla. Posiblemente tenga razón. La mujer que trata de asesinar a su propio padre, fulminándole con un «electrón», no merece ser considerada como hija. Y como ciudadana de Atlantis, su crimen es muy grave. Llévala a sus estancias y confínala allí, bajo vigilancia de guardia armada. Mañana será conducida a una prisión oficial, y el Gran Consejo resolverá sobre su futura suerte.

—Pero, señor, eso puede significar la muerte para ella... —arguyó Persyak.

—¿Crees que he olvidado mis propias leyes? —dijo heladamente Tanak, continuando su marcha—. Ya has oído mis órdenes, Persyak. No quisiera unirte a ti con ella en la prisión.

—¡Eso te enorgullecerá, asesino! —gritó Aries, furiosa—. ¡Mátame también a mí, y unirás un nombre más al de tus víctimas! ¡Pero no el de tu hija, porque careces de ella!

A espaldas de Tanak, mientras seguía su camino por los pasillos, se perdieron los gritos furiosos y agudos se Aries. En el rostro convulso del Presidente, se advertía un dolor sordo y punzante, que le horadaba el alma.

—¿Tendrá razón Zarko? —musitó para sí—. ¿Veré destrozada mi obra por la rebeldía de los humanos a perder su espíritu y sus emociones? Yo creía ser justo y beneficiar a la Humanidad privándola de algo superfluo... y mi propia hija se revuelve contra mí, tratando de aniquilarme...

Sus consejeros no le respondieron, porque sus murmullos resultaban inaudibles para ellos. Y entre los grandes progresos del siglo DL, no entraba el de que los muros tuvieran voces y oídos para replicarle de algún modo.

* * *

—El Presidente Tanak tiene el orgullo de advertir al pueblo de Atlantis sobre un futuro posiblemente maravilloso, si el experimento de mañana

resulta triunfal. Un invento portentoso, conservado aún en el máximo secreto, permitirá tal vez al hombre alcanzar límites insospechados, fabulosos. La materia, proyectada en átomos o moléculas a distancia, y condensada nuevamente en el punto deseado, representaría para el hombre del año 54.890 la posibilidad increíble de llegar a distancias inaccesibles hasta hoy. El Universo carecería prácticamente de límites, si el experimento da resultados positivos. Por el momento, ni el Presidente Tanak ni el Gran Consejo han dado mayor información a los telediarios mundiales de última hora...

Ludd Zarko cerró violentamente el receptor de telenoticias de Atlantis-Centro, y se volvió, exaltado, hacia el profesor Langstrom.

—¿Ha oído eso, Langstrom? —gritó;—. ¡Un translator de materia al infinito! ¡El sueño de miles de años, alcanzado por fin!

—Estaba pensando en ello —dijo lentamente Langstrom—. Y me parece imposible.

—¿Existe algo imposible hoy día? —dijo con tono burlón Dahlia Langstrom, tendida en una de las piezas adaptables.

—Llegar más allá de la Andrómeda —replicó, también, Zarko.

E inmediatamente se quedó serio. Se enarcaron sus cejas, volvió la cabeza hacia Langstrom... y se halló con la penetrante mirada de éste fija en él.

—Hemos pensado lo mismo, Zarko —dijo por último—. Ese nuevo invento ES EL MEDIO IDEAL DE ALCANZAR LO INACCESIBLE. Dos millones de años-luz, para la materia proyectada a distancia, no significa nada. Para ese ingenio, el Espacio y el Tiempo carecerán de valor. No existirán, prácticamente. Hemos comprobado la contracción del Tiempo en las velocidades superlumínicas. Pero jamás podríamos atravesar dos millones de años-luz en menos de medio millón, como mínimo. Demasiados años. Y aun reduciendo fantásticamente la cifra, serían siempre precisas generaciones y generaciones: para alcanzar ese punto siniestro y remoto situado más allá de Andrómeda.

—Pero la misma naturaleza del invento es, tal vez, su mayor riesgo —observó Zarko—. Si ese hipotético enemigo intergaláctico es, realmente inteligente y puede observar a los humanos, ¿por qué no suponer que pueden estar vigilándonos más cerca de lo que creemos? Y entonces sabrán que existe un medio de llegar a ellos, que existe también un medio de ver sus rayos mortíferos. Si ambas cosas se unieran, empezaría a peligrar su supuesta impunidad. El hombre lucha desesperadamente cuando se ve en peligro, y es capaz de las mayores y más absurdas empresas. Entonces ellos...

—Ellos nos destruirían en el acto —completó rotundamente el profesor Langstrom. Su tono era firme, sin vacilaciones ni dudas—. Por tanto, si alguien pensara en llegar allí, tendría que hacerlo inmediatamente, sin pérdida de tiempo...

—Sin pérdida de tiempo —musitó Zarko, como un eco desolado.

—Eh, ¿es que os habéis vuelto locos? —exclamó, asombrada, Dahlia—. ¿Qué es todo ese fantástico cúmulo de disparates?

—No son disparates, querida —replicó Langstrom, irguiéndose—. Zarco y yo nos entendemos muy bien. Hemos pensado lo mismo: un sueño imposible de lograr.

—O casi imposible. Ellos, Tanak y el Consejo, tienen el proyector de materia, si la noticia es oficial y legítima, como parece.

—Y si es que realmente el proyector funciona y resulta un éxito.

—Admitamos eso en principio. Ellos, ya hemos dicho que tienen el ingenio. Nosotros, la forma de ver: la «Luz Fría». Y el conocimiento del lugar de origen del bombardeo cósmico.

—¿Pensáis en unir ambas cosas tal vez? —dijo Dahlia, alarmada.

—Justamente —afirmó Ludd Zarzo, excitado.

—Pero... pero, ¿quién iba a hacer ese... ese «viaje», o lo que sea?

—Nosotros.

—¿Para qué?

—Para conocer al enemigo. Para tratar de destruirlo, antes de que él nos destruya a nosotros... o para no volver jamás de ese invisible lugar del Universo.

—¡Dios mío, qué par de locos! —gimió la joven del pelo rojo—. Menos mal que no contáis con ese maldito aparato.

Zarko sonrió duramente al replicar:

—No. Pero vamos a intentar contar con él.

Ambos miraron al joven rubio con estupor e incredulidad.

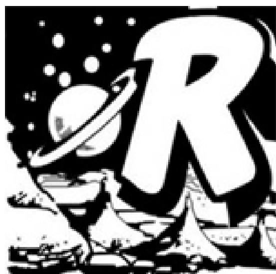
—¿Es que eres tú quien ha enloquecido de pronto, Ludd? —exclamó el profesor—. ¡Ese ingenio físico está en Atlantis-Centro, y eso, para nosotros, es como si estuviera en la mismísima Galaxia de Andrómeda.

—Oh, no, mi querido Langstrom —dijo Zarko—. Es mucho más cerca que eso. Yo conozco bien todos los rincones de Atlantis-Centro, y ellos me han dado ya por muerto.

—Eso significa...

—Eso significa que voy a ir allí. A por el medio de viajar hasta más allá de la Andrómeda, en busca de los enemigos de la raza humana, si es que existieron alguna vez, y si es que aún existen...

CAPÍTULO V



IGEL se hundió tras el horizonte de Atlantis. La breve noche del planeta comenzó, tras la corta duración de su día. Una tras otra, las seis lunas fueron elevándose en aquel diáfano cielo, pobre en oxígeno y rico en helio y otros gases pesados e incoloros.

Cuando llegaban las horas nocturnas, las ciudades del mundo habitado de Orión cobraban un extraño aspecto de luminiscencia azul. Olvidado en la distancia el recuerdo de las lámparas y luces de la antigüedad, esta claridad brotaba de todas y cada una de las partes de la ciudad misma. Lucían sus cúpulas de vidrio, guardianas de la atmósfera generada interiormente, lucían los edificios, los pavimentos y murallas metálicas y lisas, no dejando un solo rincón en penumbras.

Los colosales visores o pantallas gigantescas instaladas en los lugares más concurridos de Atlantis-Centro, mostraban la imagen de Tanak, hablando a su pueblo clara y mesuradamente sobre el momento crucial que acaso estaba viviendo la raza humana, a un paso de vencer al Espacio y al Tiempo en forma definitiva.

Era mucha la gente que presenciaba el discurso teledifundido, y los poderosos altavoces magnéticos expandían la voz del anciano por doquier. Mientras hablaba, un rictus de amargura y de preocupación crispaba las facciones del Presidente.

Aquel ciudadano de amplia capa oscura, mezclado entre la multitud, no podía despertar la menor curiosidad en nadie. ¡No trataba de ocultarse, aunque lo cierto era que tampoco se excedía en mostrarse públicamente, ya que su rostro apenas si asomaba, bajo una capucha de material elástico, mientras escuchaba la voz de Tanak.

Unos agudos ojos verdes, enmascarados bajo los pliegues de la capucha, oteaban en torno suyo, concentrándose especialmente en el edificio del palacio presidencial, radiante de luz azulada, en el centro de los jardines, armoniosamente extendidos, de la Gran Plaza Central. La orgullosa torre metálica, aguda y rígida, apuntaba al cielo color cobalto, poblado de luminosos astros.

Lenta, muy lentamente, el encapuchado se fue filtrando entre el gentío

reunido ante los televisores, logró adherirse finalmente a los macizos arbustos y flores multicolores cultivadas artificialmente en las ciudades de Atlantis, y de repente se arrojó de bruces en tierra, desapareciendo tras los bien cuidados setos.

Absolutamente nadie advirtió su ausencia, como antes no se había notado su presencia.

Poco después, un centinela uniformado de la avenida de acceso al edificio presidencial, era víctima de rápido y silencioso ataque. Una forma humana saltó sobre sus hombros, los dos lucharon un instante, sin producir ruido, ya que una mano cubría la boca del guardián, y la otra le había desconectado de un brusco tirón los contactos de su blanco casco, por el que podía enviar un mensaje de auxilio electrónico al interior del palacio.

De repente, la capucha del atacante cayó atrás, el centinela dilató sus ojos al reconocer al adversario... y a éste le fue sencillísimo dejarlo fuera de combate por el expeditivo y ancestral sistema de aplastarle la mandíbula de un directo brutal.

Rápido, procedió después a ligar y amordazar al cautivo, con quien cambió de ropas rápidamente, sin perder un solo segundo de su precioso tiempo. Vestido de soldado presidencial, conectó de nuevo los resortes de comunicación mental con el Centro Organizador del Ejército de Atlantis, y tomando el arma electrónica de manos del derribado procedió a esconder a éste entre el ramaje.

Instantes después, todo seguía su normal curso de siempre. Un centinela armado, de albo uniforme, subía con paso lento y apacible por la ancha avenida que llegaba hasta la gran puerta de acceso al palacio presidencial.

En apariencia, era el mismo hombre que poco antes pasara junto a los arbustos. La única diferencia estribaba en que éste tenía los ojos singularmente verdes, pero ese detalle no era fácil que lo advirtiese nadie.

* * *

—Vengo a relevarte —dijo la voz sorda del recién llegado.

El guardián de los pabellones presidenciales se mostró sorprendido.

—No esperaba relevo alguno esta noche —dijo, receloso—. Las órdenes han sido que nos mantengamos en nuestros puestos mientras Aries Tanak esté cautiva en sus estancias y el invento se halle custodiado en la Cámara Alta...

El impacto sobre su cráneo destrozó el casco blanco, y con él los resortes de telefonía mental, sin permitirle añadir una sola palabra más. El infeliz se abatió sin sentido, mucho antes de que llegara a darse cuenta de que el supuesto relevo era un falsario.

Ludd Zarko rió duramente entre dientes, empuñando aún el pesado objeto que utilizara para su hazaña. Musitó a flor de labio, ironizando la situación:

—Todavía los medios prehistóricos siguen siendo eficaces en la Era del Progreso y la Técnica...

Inclinóse rápidamente sobre el centinela, desarmándole y apresurándose a

repetir con él la tarea de ligar sus miembros y cubrir su boca. Luego, ocultó al inerte enemigo en un compartimento del muro metálico.

Nadie mejor que él conocía los recovecos y accesos de aquel palacio. ¡Eran tantas las veces que los recorriera, antes de su caída en desgracia!...

Zarko accionó los resortes electrónicos de la puerta y penetró en la zona prohibida sin despertar la alarma. Cualquier intruso vulgar no hubiera cubierto ni la décima parte de objetivos que él lograba con facilidad.

Su mano derecha esgrimía el arma paralizadora con que todas las tropas estaban dotadas. Matar era innecesario, a juicio del Mando, si el enemigo era igualmente reducido con armas más misericordiosas. Aquel pequeño cilindro proyectaba un rayo paralizador que reducía al adversario en un leve segundo, sin matarle ni privarle de una posterior recuperación.

Ahora tenía que apresurarse, porque la suerte era un hado frágil, quebradizo, si se le tentaba en exceso. Después de todo, su tiempo disponible, antes de ser descubierta la presencia de un extraño entre los muros del palacio presidencial, no excedería de los quince minutos. Y cuando eso ocurriera, ningún ser humano sería capaz de abandonar impunemente el edificio. Ludd conocía bien las barreras magnéticas, los medios automáticos de evitar la salida a toda persona encerrada allí.

Iba pensando en Aries, mientras recorría los desiertos pasillos espejeantes y fríos, con su cohorte silenciosa de burbujas azules adheridas al techo, como si ellas también durmieran, en el reposo de todos los seres susceptibles de emocionarse. ¿Qué habría hecho la hija de Tanak, para ser confinada como un vulgar reo? ¿A qué desesperada locura le llevó su dolor por la pérdida del hombre amado?

Zarko no se dejó conmover, mirando con ira a las burbujas, ligeramente agitadas ya. Eso podía llamar la atención de alguien dentro del rígido lugar. Avanzó por corredores sin fin, sin querer mover los engranajes que ponían en funcionamiento los suelos. Zarko, siempre aferrado a su fe en lo vulgar como don más preciado del hombre, que con su mente y sus fuerzas tan sólo era capaz de luchar con ventaja contra la Técnica y las máquinas, se decía que sus piernas eran el más seguro medio de avance.

Estaba llegando al ala del edificio donde se alojaba Aries, la hija del Presidente. Si era realmente una prisionera, no iba a dejarla allí, a merced de un padre implacable y de unos gobernantes inflexibles con los errores ajenos. Esta vez no iba a hacer solo el viaje de regreso al Norte...

Cerca de Atlantis, esperaba el silencioso y pequeño telesférico de Langstrom, con el que llegara a la capital en pocos minutos de vuelo fulgurante por la ionosfera del planeta. Pero si todo salía bien, esperaba utilizar un medio de retorno mucho más rápido y revolucionario...

Al doblar un recodo del último corredor, se precipitó en exceso. No imaginó que habría dos guardianes, en vez de uno solo, montando guardia frente a la puerta de las alcobas privadas de Aries.

Uno de ellos le descubrió, y levantó la mano, diciendo algo a su

acompañante. Este se volvió con viveza, y Zarko, sabiéndose visto, no trató de ocultarse, sino que avanzó lenta y firmemente hacia ellos.

El que le descubriera empuñó su paralizador, para petrificarle allí mismo, cuando su compañero gritó roncamente:

—¡Espera! ¡Ese hombre... ese hombre es Ludd Zarko, el ajusticiado!

—¡Imposible! —exclamó el otro, vacilante—. Zarko... murió en los Pantanos.

Ludd aprovechó ese breve lapso de tiempo a su favor. Fue el primero en levantar su paralizador y disparar el rayo. Un haz de luz anaranjada y ondulante alcanzó al centinela, pareciendo convertirle en piedra. El otro reaccionó del único medio posible, haciendo funcionar su telefonía mental. Brillaron dos lucecitas rojas en el casco, y Ludd juró entre dientes, furioso, procediendo a barrer al segundo enemigo con el rayo.

Ambos eran ahora dos estatuas grotescas, erguidas frente a él. Pero la alarma estaba dada. Rabioso, Ludd se arrojó sobre la puerta circular, y la golpeó con viveza, exclamando:

—¡Aries! ¡Aries, abre inmediatamente!

Nadie respondió, y Zarko procedió a disparar el rayo sobre la puerta. Su energía paralizaba por igual mecanismos y seres vivos, con lo que los cierres magnéticos, al no funcionar, permitieron que se abriese lentamente la puerta.

Al otro lado, una sombra corrió velozmente, huyendo de él. La luz azulina hizo centellear los negrísimos cabellos de la fugitiva. Ludd gritó roncamente:

—¡No escapes de mí, cariño! ¡Soy yo! ¡Soy Ludd!

La figura se detuvo, como paralizada. Un rostro pálido, en el que los ojos color cárdeno centelleaban, dilatados por el estupor, la incredulidad y el júbilo, se volvió hacia el decidido intruso.

—¡Ludd! —fue un grito, un estallido incontenible de emoción que hizo descender en vorágine a las esclavizantes burbujas azules. Pero ninguno de los dos las hizo caso alguno; su emoción, su apasionado choque, fue tan virulento que venció a todos los medios artificiales de contención, y se besaron con tal ímpetu que las burbujas bailotearon, como enfurecidas de su fracaso—. ¡Ludd, mi amor, mi vida! ¡Ludd, no te marches de mí, no te vayas ya jamás!

—Mi querida Aries, tengo que irme... pero esta vez tú vienes conmigo.

—¡Oh, Ludd, si fuera posible eso! —Aries le miró, aterrorizada ahora—. No sé cómo estás vivo, cómo has vuelto, pero sí sé que no hay un lugar en Atlantis donde podamos ir sin ser capturados... ¿Ves eso? Te buscan ya, te persiguen... ¡Tienes que irte! ¡Déjame aquí y vete enseguida, si aprecias en algo tu vida!

—No.

Ludd miraba fijamente las luces de color que en el muro parpadeaban intermitentes. Cada una señalaba un punto del gran edificio, conmocionado y alerta por el aviso de los centinelas amordazados.

—Sí, me buscan. ¡Ahora nos buscarán a los dos!

Tomó con facilidad entre sus hercúleos brazos a la joven. Se hincharon,

potentes, sus enormes músculos, alzándola como si fuera una pluma, y se lanzó en vertiginosa carrera por el largo corredor, pese a las protestas y súplicas de la joven.

Se encontraron bruscamente con una puerta circular, que se abría dando paso a un nutrido grupo de soldados. Uno gritó, al descubrirle, y rápidamente giró Ludd sobre sí mismo, penetrando por un corredor lateral, que descendía en suave rampa. Ahora, dada la alarma, funcionaban las cintas móviles del suelo, y Zarko saltó a una de ellas, pero agregando a la velocidad propia de la cinta metálica la propia velocidad increíble de sus elásticas piernas de atleta.

—¡Ludd!, es una locura! —gemía Aries—. ¡Una hermosa locura inútil!

—Si es hermosa, hasta para mí. Estoy seguro de que saldremos de este infierno tú y yo. ¡Tenemos que salir, o yo no hubiera vivido para morir estúpidamente, ahora que te tengo otra vez junto a mí!

—Ludd, mi vida... Te amo como a nadie en el mundo —musitó, temblorosa, la joven.

Si este no era el triunfo del Amor, del Espíritu y de todo lo inmaterial sobre el mecanismo frío e inhumano de una Era supercivilizada, pensó Ludd Zarko, sin dejar de volar literalmente sobre las bandas metálicas móviles, es que no sabía ya lo que veían sus ojos ni lo que captaban sus despiertos sentidos.

Alcanzaron la plataforma circular de un elevador, y nada mas saltar sobre ella, inició sus giros, saliendo disparada hacia la altura, con el impulso poderoso y automático de sus invisibles soportes de fuerza magnética.

Por un extremo del corredor que dejaban abajo, asomaron los soldados de blancos cascos y capas cristalinas, agitadas por la precipitación de su carrera. Hubo gritos de ira, al ver desaparecer en el techo, la plataforma volante que elevaba a los perseguidos, y Aries, estrechamente abrazada a Zarko, musitó junto a su oído:

—Vamos en mala dirección, querido... Por arriba no hay escapatoria alguna. Carece de salidas.

—Lo sé. Y por abajo, centenares de Guardias del Consejo controlan todas las salidas. Es igual una cosa que otra... con la diferencia de que arriba está la Cámara Alta.

—¿Que puede significar eso? La Cámara Alta es una nave enorme, pero sin ningún acceso al exterior.

—Tiene un acceso, el más precioso de todos: el translator de materia.

Aries mostró su estupor ante la oscura revelación.

—No te entiendo...

—Ojalá lo enciendas pronto, querida. Será señal de que hemos triunfado. ¡Vamos, ya estamos en la cumbre de la Torre Azul! ¡Salta!

Abandonaron la plataforma magnética, que se inmovilizo en el suelo, al dejarles a ellos en la banda metálica que se perdía por un extraño corredor ondulante.

Ante la pareja fugitiva, aparecieron dos soldados de blanco casco, gritando

algo ininteligible. Se quedaron aturdidos al reconocer a Aries y, sobre todo, al «resucitado» Ludd Zarko.

Ese momento lo aprovechó Ludd para asaetarles con la luz anaranjada del «paralizador» y convertirles en estatuas de carne y hueso para unas cuantas horas. La carrera siguió, en volandas de la cinta metálica. Al doblar una de las curvas del ondulado pasillo de muros opalescentes, Ludd señalo al fondo, excitado.

—¡Mira! ¡La entrada a la nave Alta!

Era cierto. Allí estaba la gran puerta circular, situada a una altura de medio metro en el blanco muro plastificado. Y ante ella... un retén de cinco hombres, con albos uniformes y bruñidos cascos, empuñando los instrumentos paralizadores... esperándoles, virtualmente, para convertirlos a su vez en hermosas estatuas temporales.

—¡Cuidado, Aries! ¡Lánzate al suelo, evita esos rayos! —gritó Ludd.

En el mismo momento se colmaron sus males. Silenciosamente la banda metálica se inmovilizo bajo sus pies, Zarko lanzo un juramento.

—¡Nos han cortado la corriente magnética! ¡Hemos de servirnos de nosotros mismos, Aries! —y alzó su mano, gritando a los hombres de guardia ante la Cámara Alta—: ¡Paso a Ludd Zarco, el hombre que ha vuelto del Norte para salvar a su raza!

Era un golpe truculento que de momento tuvo éxito. Todos reconocieron su voz, sus centelleantes ojos verdes, fríamente clavados en ellos, y hubo un movimiento de desconcertado revuelo. Pero Ludd sabía que eso no iba a durar mucho. Y que cinco enemigos juntos eran demasiados para él solo.

—Aries, apártate de mí —dijo, mientras avanzaba serenamente hacia ellos —. Que no te alcancen con sus armas...

—Adonde vayas tu, mi amor, iré contigo —fue la respuesta de la muchacha, siguiéndole con paso firme y resuelto.

Las armas de cuatro soldados se volvieron hacia él súbitamente, enfocándole. Al segundo siguiente, todo habría terminado; la lucha por la vida propia, por Aries, por el ingenio capaz de trasladar la materia... por la propia Humanidad, ciega ante el peligro milenario de los espacios.

Y de repente, el milagro, lo inconcebible. El oficial de guardia, que se había echado súbitamente atrás, oprimió, el disparador de su arma paralizante. Cayó el rayo naranja... sobre sus cuatro hombres. Cuatro estatuas sorprendidas quedaron ante la puerta de la Cámara Alta. Y un hombre miró, sonriendo, a Ludd. Un hombre cuyas facciones eran ahora reconocibles al fijar Ludd en él la mirada.

—Es lo único que podía hacer por ti, amigo mío —dijo brevemente el oficial.

—¡Persyak! —exclamó jubiloso Zarko, corriendo ya hacia él, seguido de Aries—. ¡Tú a mi favor!

—Es una locura, lo sé —sonrió Persyak, bajando el paralizador—. Pero has vuelto a la vida, y eso me hace pensar si tu destino no será algo más alto y

beneficioso para todos que morir injustamente.

—¿Empiezas, pues, a comprenderme, Persyak?

—Aún no lo he intentado siquiera. Sin embargo, soy tu amigo. Y esta vez estaré a tu lado hasta el fin, muchacho. ¡Vamos, los guardias de las demás dependencias deben de estar subiendo en los espirales, y pronto estarán aquí! ¿Qué vienes buscando, Zarko? Sabes que esta Cámara no tiene salida al exterior.

—Pero ahí dentro, Persyak, está...

—¡El «Magnetomóvil»! —Persyak abrió desmesuradamente los ojos, dando un paso atrás—. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sí. Si ese es el hombre del desintegrador y condensador de materia, eso quiero decir.

—¡Pero el «Magnetomóvil» ni siquiera ha sido probado! ¡Puede ser inútil! ¡E incluso, lo cual sería aún más horrible, puede desintegrar, sin que luego vuelva a condensar la materia!

—Correré ese riesgo. Sólo dudo por Aries. Ella mejor podría quedarse aquí.

—¡No, Zarko! ¡Iré contigo hasta el fin de los mundos, si es preciso!

—Esperad —cortó enérgicamente Persyak—. Aries va a ser juzgada por traición e intento de asesinato en la persona del Presidente, y el Gran Consejo es inflexible. La condenarán a muerte o a cautiverio perpetuo en las tundras de Oriente... Si vas a correr algún riesgo, Zarko, es mejor que la lleves contigo.

—Gracias, Persyak —dijo emocionada la muchacha.

—Y si ahora me capturan a mí, seré condenado también —sonrió el militar —. De modo que ¡adelante todos!

Zarko sonrió, belicoso, cuando Persyak abrió los mandos electrónicos de la puerta y entraron en la gran Cámara, desierta y gigantesca... a excepción de un extraño, espejeante y cegador poliedro situado en su centro, y de un hombrecillo enjuto, de grises cabellos y tez oscura, que se incorporó del lecho adaptable situado junto al aparato y se quedó mirando a los intrusos con expresión singular.

—Oficial, ¿quiénes son esas personas que le acompañan? —preguntó, receloso.

—Personas amigas, Ashur —respondió parcamente Persyak, acercándose a él—. La hija del Presidente, Aries, y su prometido, el... el capitán Ox.

—Entonces, ¿por qué vienen a ver mi invento a estas horas, oficial? El Presidente Tanak ordenó que nadie entrase aquí a ninguna hora, si no iba en su compañía, y...

Rápido, Zarko levantó su rayo paralizador, oprimió el resorte y lo asestó sobre el escuálido inventor. También hizo igual operación Persyak... y ocurrió algo inconcebible al bañarse la morena figura de Ashur en luz naranja.

¡Su cuerpo siguió en movimiento, sin ser afectado por la energía paralizante!

—¡Traidores! —chilló con voz ratonil, emprendiendo rápida carrera hacia

el poliedro—. ¡Traidores y falsarios! Venís a robarme mi invento! ¡Pero no lo lograréis!

Una vez más, y ahora a la desesperada, Zarko utilizó medios puramente físicos y personales para reducir a tan peligroso y desconcertante adversario. Su poderoso cuerpo de atleta brincó en el aire nada más fallar el rayo y emprender carrera el enano hacia el «Magnetomóvil». Como aún no le era posible alcanzarle antes de que Ashur accionase una de las bruñidas caras del poliedro, introduciéndose en él, Ludd apresuró la carrera, flexionó luego sus musculosas piernas, y todo el armonioso gigante rubio que era Zarko hendió el aire como una flecha, en zambullida asombrosa, cayendo con todo su peso sobre Ashur.

El inventor alzó sus puños con un brillo maligno en sus ojos insondables. Pero Zarko no se inmutó por el doble impacto de los huesudos nudillos, que apenas si dañaron su dura piel y el firme hueso de la mandíbula. En cambio, mientras una de sus manos aferraba el cuello escuálido del hombrecillo, la otra, cerrada, se estrelló en su sien con seco mazazo.

Sonrió satisfecho Ludd al ver que el cuerpecillo moreno se inmovilizaba entre sus manos. Persyak se volvió en aquel momento hacia la puerta, gritando roncamente:

—¡Deprisa, Ludd! ¡Ya están en el pasillo los guardias de Tanak!

Zarko se encaminó con el inmóvil inventor al poliedro, seguido de Persyak y de Aries. Le había visto apoyar una mano en cierta cara del brillante poliedro, y allí puso la suya Zarko, con energía, tanteando su superficie espejeante, cegadora al reflejar la luz azul de la Cámara Alta.

Silenciosamente, la cara del poliedro, presionada, se hundió hacia dentro. Un interior de fuerte luz violeta hirió sus ojos por un momento. Y bajo esa claridad amoratada, extraños mandos y resortes, asientos singularmente dispuestos, paredes cristalinas que infundían una rara sensación de alivio y de refugio...

—¡Eh, Ludd, no te llevarás a ese feo hombrecillo contigo! —clamó Persyak.

—Es el inventor. Y posiblemente el único ser capaz de manejar este chisme —respondió Zarko vivamente—. No hay otro remedio que llevarlo. ¡Adelante todos!

Entraron en el «Magnetomóvil». Se cerró la cara del poliedro de espejos metálicos al pisar el último de los tres, precisamente Zarko, con el inventor entre sus brazos, el umbral de acceso al desconcertante vehículo.

Quedaron todos inmóviles en el centro de la única estancia del aparato, igualmente poliédrica, repleta de interruptores y mecanismos sorprendentes. La luz violeta tenía la curiosa peculiaridad de no dañar la vista y servirle de sedante.

—¡Vamos, amiguito, maneja esto o te estrangulo! —rugió Zarko, derribando en el suelo vidrioso a Ashur y alzándolo luego con una de sus poderosas manos engarbadas en el cuello de su traje—. ¡Es preciso que nos

lleves a un sitio determinado, o te destrozaré tu simiesca cabeza!

Había un visor oval sobre el cuadro de mandos destinado al manejo del aparato, y Persyak accionó un botón inmediato. En el acto, la pantalla se iluminó... con la imagen exterior del poliedro. Se veía la Cámara Alta, y la puerta circular abriéndose para dar paso a un nutrido grupo de guardias armados, a la cabeza de los cuales iban el propio Tanak y el coronel Yoky, de su Ejército Federal.

—¡No hay tiempo ya, Zarko! —clamó Persyak—. ¡Están ahí, rodeándonos!

El inventor se recuperaba, gracias a las sacudidas enérgicas de Zarko. Miró a éste con ojos dilatados por el temor y balbució con voz pastosa

—No... no me pegues... No me pegues, hombre rubio... No más...

—¡Sí no accionas ahora mismo los mandos y nos llevas donde deseamos ir... te destrozaré la cara a golpes!

—No puedo... no puedo hacerlo, hombre rubio —protestó Ashur, estremecido.

—No, ¿eh? —Ludd apretó sus firmes mandíbulas y le disparó un bofetón tremendo a Ashur que brincó materialmente al recibirlo. El hombrecillo gimoteo—. ¡Esto es solo el principio, si no nos llevas inmediatamente a las tierras del Norte, en la confluencia de los grados 20 y 197 de las coordinadas planetarias.

—Y si no se da prisa será tarde incluso para eso —observo sombríamente Persyak, que con Aries a su lado absorbía la visión de la pantalla. Los rostros de los soldados y del propio Tanak eran ya muy grandes rodeando el poliedro a escasísima distancia, buscando en vano la entrada al mismo o su resorte—. Terminaran encontrando el mecanismo y entraran aquí. En ese mismo momento puedes destrozarle la cabeza a ese estúpido.

—¡No, no me maltratéis! —gimoteó con acobardada humildad el inventor —. Yo... yo os llevare adonde queráis... Os lo prometo.

—Eso esta mejor —Zarko respiro con alivio, mirando a Persyak—. Vamos, maneja esos mandos. Y al menor intento de desintegrarnos sin intención de condensar de nuevo nuestros cuerpos, te hago papilla, recuérdalo bien.

—No tema —musitó el vencido inventor, avanzando dócilmente hacia el cuadro de instrumentos—. Aparentemente, nada cambiará en nuestros cuerpos cuando nos desintegremos. Para nosotros, todo seguirá igual: el poliedro, nuestro aspecto físico, la corporeidad de todo lo que nos rodea... Y, sin embargo, ya estaremos siendo proyectados al espacio, viajaremos a través de Tiempo o Espacio, o de ambas cosas a la vez si se desea, concentrándonos en el lugar deseado, sin que en apariencia nada haya sufrido variación.

—Es lo más disparatado que he oído —observó Persyak—. Pero adelante con el truco, mi pequeño brujo, o entre Zarko y yo te destrozamos tu inteligente cabezota.

Aries se acercó instintivamente a Ludd cuando vio al inventor pulsar los

resortes, sentándose frente al cuadro de mandos. Por la pantalla, los rostros, tan cercanos, parecía como si pudieran verlos a ellos con igual claridad. Sonaban golpes en el exterior del poliedro, mientras buscaban el acceso al mismo. Ashur conectó un altavoz especial y se oyó la voz de Tanak ordenando:

—¡Rápido, hay que encontrar esa entrada! ¡Están dentro y tienen a Ashur con ellos! ¡Nombraré comandante de mi Ejército a quien dé con esa puerta antes de que sea demasiado tarde!

—Ya es demasiado tarde —dijo sombríamente Ashur, moviendo unas agujas indicadoras sobre una de las cuatro o cinco esferas situadas a su derecha.

Zarko no perdía de vista sus manejos. Observó que una esfera indicaba, en antiguo latín: «Espacio Planetario». Otras señalaban: «Espacio Exterior», «Tiempo», «Tiempo-Espacio», «Pasado», «Futuro», etc. Una aguja marcó 26 grados. La otra pasaba ya de largo frente a la cifra 197, cuando Ashur miró de soslayo a Zarko y capto su dura mirada amenazadora fija en él. Rápido, tragó saliva, sonrió lobunamente y volvió atrás la aguja, marcando el número pedido.

—Las coordinadas están ya obtenidas —dijo sordamente—. Ahora... ¡en marcha!

Apretó un botón rojo con su mano izquierda y la derecha oprimió un disco azul, haciéndolo girar en una dirección determinada.

Los oídos de Zarko zumbaron. Su vista se nubló ligeramente y advirtió una extraña laxitud en sus miembros. Parecía como cuando subía a velocidades supersónicas en algún elevador urbano. Aries y Persyak debieron de sentir lo mismo, porque palidecieron intensamente. Aries se apretó a él, movió los labios y ningún sonido audible escapó de ellos.

De la pantalla desaparecieron los rostros; todo se nubló en una luz extraña, empezaron a surgir círculos concéntricos, luego espirales rápidas, borrosas, de mil colores alucinantes y por último cuadrados más y más pequeños, hasta el infinito...

* * *

Ante los ojos horrorizados de Tanak y sus hombres el poliedro empezó a destellar violentísimamente, igual que si reflejara millones de luces muy potentes. Todo en torno a la forma geométrica del «Magnetomóvil» parecía arder con reflejos deslumbradores.

—¡Atrás! —gritó roncamente Tanak, cubriéndose los ojos para huir del deslumbramiento terrible de sus pupilas.

Un silbido estridente y ensordecedor llenó la Cámara Alta. Todos los soldados, forzados por el brillo cada vez mayor de la nave del Espacio, tuvieron que alejarse, ocultando sus ojos a los destellos de los espejos. El poliedro giraba sobre sí mismo, en forma continuada y escalofriante, bañando en luz toda la gran sala.

Repentinamente, la luz se eclipsó, cesaron los silbidos y todo recuperó su normalidad. Tanak abrió los ojos, al igual que sus soldados.

La increíble realidad se abrió paso en sus cerebros. Tanak la expresó con palabras entrecortadas y llenas de desaliento:

—¡No está! ¡El «Magnetomóvil» y sus ocupantes han desaparecido! —y agregó, con voz sorda y dolorida—: Y mi hija... mi propia hija se ha ido en él... Dios sabe dónde...

CAPÍTULO VI



L profesor Langstrom retrocedió, asustado, cubriéndose los ojos con los brazos para no ser cegado por aquel resplandor prodigioso. Al mismo tiempo, Dahlia gritó, corriendo hacia la puerta del laboratorio de investigaciones, en cuya amplia nave central surgía de repente, como nacida del subsuelo, aquella luz centelleante.

Con la misma rapidez inconcebible con que había brotado, la luz se apagó de pronto y todo recuperó su normal apariencia. Langstrom apartó sus brazos del rostro... y lanzó un grito de inmenso estupor, coreado por la exclamación aguda que escapaba de los labios de Dahlia, detenida en la puerta del laboratorio.

—¡Mira! —exclamo Langstrom, señalando con dedo tembloroso la forma poliédrica y centelleante que se erguía como un extraño, monstruo en mitad de la estancia, allí donde poco antes no había absolutamente nada—. ¡No te acerques a él, Dahlia! Puede ser un mecanismo infernal... Ni siquiera tiene apariencia de ser obra del hombre.

—Y sin embargo, profesor Langstrom, pertenece a los hombres —dijo una voz clara y potente, en respuesta a sus temores.

Al mismo tiempo, una cara del poliedro giró hacia dentro su espejeante faz, y asomó por la abertura la arrogante figura de atleta del rubio Zarko... llevando junto a sí, con un brazo sobre los hombros, a la morena y hermosa Aries. Detrás, asomaron dos hombres desconocidos para los Langstrom: Persyak y Ashur.

—¡Zarko! —gritó el profesor, atónito—. ¡No es posible!

—He vuelto antes de lo previsto, ¿verdad? —Ludd rió, avanzando hacia él —. Y no sólo sano y salvo, habiendo rescatado a Aries, sino también con el «Magnetomóvil», el invento anunciado por Tanak a su pueblo como algo revolucionario.

—¿Ese poliedro es el translator de la materia a cualquier punto del espacio? —musitó, extasiado, Langstrom—. ¿Es con él con lo que habéis regresado de Atlantis-Centro?

—Hemos vuelto con él, con mi leal amigo Persyak, que hizo posible esta victoria, y también con el inventor del ingenio, Ashur...

Estaba señalando a ambos hombres, y al hacerlo, se volvió ligeramente, captando a tiempo la maniobra sigilosa del pequeño Ashur, reculando en forma disimulada hacia la puerta, aún abierta, del «Magnetomóvil».

—¡Persyak, cuidado con Ashur! —gritó agudamente Zarko.

Persyak intentó aferrar al hombrecillo, pero éste eludió limpiamente su acción con un ágil salto de costado, al tiempo que extraía de un bolsillo una pequeña cápsula que arrojó a los pies de Persyak. Un leve crujido cristalino precedió al humo verde y espeso que brotó en oleadas de tan diminuto recipiente.

Persyak vaciló, su rostro perdió el color y comenzó a tambalearse. Zarko ordenó:

—¡Contengan todos la respiración! —y después se lanzó como una centella detrás de Ashur.

Cruzó la nube verde, sin ser afectado por ella, y disparó sus piernas, tras una flexión, saltando elásticamente sobre las espaldas del inventor, que ya ponía un pie en el umbral de acceso al aparato.

Con un rugido furioso, Ashur se revolvió, buscando desesperadamente otra cápsula en sus ropas. Contundente, Ludd le asestó un terrible impacto en la raquítica mandíbula, y logró derribarlo fuera del «Magnetomóvil». Ashur rodó por tierra aparatosamente, pero logró incorporarse y corrió hacia la salida.

—¡Evitad que escape! —clamó Zarko—. ¡Los rayos paralizadores no le afectan, pero es físicamente débil! ¡Derribadlo antes de que huya!

Langstrom estaba lejos, y su intento resultó fallido. En cambio, Dahlia, erguida en la puerta, se cruzó valientemente en su camino. Ashur quiso eludirla y no lo logró. Chocaron ambos y rodaron por tierra, pugnando por salir triunfante cada cual.

Zarko corrió vertiginosamente en ayuda de la muchacha del pelo rojo, pero aquel endiablado hombrecillo era muy rápido de acción, y antes de llegar a él, había logrado dejar a Dahlia inconsciente y se incorporaba, como al acecho, disponiéndose a huir.

Zarko le cayó de nuevo encima cuando ya alcanzaba la puerta. Despiadadamente ahora el joven le machacó el rostro a puñetazos, y sólo cuando le vio tendido a sus pies, inconsciente y con el aspecto de un pelele inarticulado, se irguió jadeante y dio por terminada la lucha.

Se volvió hacia Langstrom, que atendía a Dahlia, junto con Aries y el aturdido Persyak, y el sabio le tranquilizó:

—No es nada. Está simplemente desvanecida, a causa de algún golpe de ese individuo...

Zarko tomó a Ashur con una sola mano, alzándolo igual que a un muñeco sin peso.

—Me gustará saber por qué este tipo puede desafiar los rayos paralizantes sin notarlos siquiera.

—¿Es eso cierto, Ludd? —preguntó Langstrom, hondamente interesado.

—Claro que lo es. Persyak y Aries lo vieron igual que yo.

—Es muy raro. Ningún tejido humano resiste el poder de esa arma...

—A lo mejor este simio ha encontrado algún antídoto especial y... ¡Un momento, profesor!

Su repentina exclamación tenía algo trágico, enervador. Todos se quedaron quietos, rígidos, al ver que Zarko avanzaba con el inventor del «Magnetomóvil» en sus brazos, hasta uno de los asientos adaptables. Este se plegó, formando un lecho para el inerte Ashur. Después, Zarko se inclinó sobre él, le examinó en silencio.

Al incorporarse, una luz extraña brillaba en sus verdes ojos.

—Está muerto —dijo lentamente, con tono sombrío—. Por inexplicable que parezca, Ashur ha muerto sin razón aparente.

* * *

Eran cuatro rostros tensos, expectantes, alrededor de Langstrom, que terminaba el análisis espectrográfico de los tejidos de Ashur, bajo un complicado microscopio electrónico.

Por fin, el sabio elevo su rostro pálido y contraído y miró con fijeza a sus cuatro acompañantes. Zarko, Persyak, Dahlia y Aries, permanecieron en silencio, sin hacer preguntas; esperando el informe que preveían inminente... y enigmático también.

—Ashur era un hombre completamente normal —manifestó lentamente Langstrom.

Hubo un respiro colectivo de alivio. Respiro que corto Langstrom con un ademan.

—Esperad. He dicho que «era» normal. No antes de su extraña muerte, sino antes de convertirse en algo mucho más complejo que un simple cadáver.

—¿Quiere decir... quiere decir que cuando murió ya no era humano! —musitó Zarko.

—Exactamente, Los tejidos de Ashur habían sufrido una metamorfosis inaudita y compleja, se habían trocado en tejidos muertos, secos, sin sangre, pero que funcionaban movidos por alguna otra fuerza interior. De ahí la debilidad de sus miembros, de ahí también su reacción a los métodos usuales de lucha. Y por una razón que ignoro totalmente, esos tejidos muertos de antemano, han perdido su fuerza motriz y Ashur ha caído súbitamente aniquilado.

—Pero hay algo que tiene usted que saber, profesor —dijo Ludd, acercándose más a él—. ¿De qué clase eran los nuevos tejidos de Ashur? ¿Cuál fue esa metamorfosis?

—Eso, amigo mío, míralo por ti mismo. No es un espectáculo agradable, pero...

Se hizo a un lado. Zarko se inclinó sobre los binoculares del microscopio. Miro por ellos. Un ronco murmullo de horror brotó de su garganta ante el panorama, ampliado millones de veces, del tejido extraído al cadáver del

inventor.

Aquello no tenía el menor aspecto de ser humano o de haberlo sido alguna vez. Era una fibra acartonada, agrietada y rugosa, totalmente seca, y de un matiz verdoso. Súbitamente, Zarko pensó en algo concreto: «vegetal». Retrocedió con lentitud.

—Vegetal —repitió la idea con la voz—. Un tejido vegetal.

—Es posible —admitió Langstrom—. Reúne iguales características, al menos. Pero es vegetal muerto, de todos modos. Como una planta reseca y extinguida, sin savia en su fibra.

—Una planta reseca y extinguida —musitó Ludd, como un eco. Resulta espeluznante imaginarse de ese modo al pequeño Ashur. Después de todo, parecía humano—. Pero, «¿por qué?»

Langstrom se encogió de hombros.

—Puede ser una enfermedad ignorada, alguna epidemia del Sur, de donde decís que procedía él.

—Es cierto —asintió Persyak—. Ashur era un físico de escasa fama, residente en el sur de Atlantis. Jamás hizo nada notable en su terreno, pero esta vez, enfermo o no, y humano o vegetal, dio con un invento fantástico. Ese «Magnetomóvil» no parece cosa de un hombre, sino de un genio o de un dios. Hasta hoy, lo que ese ingenio logra era tenido por imposible.

Zarko, mientras Persyak hablaba, parecía ajeno a todo, distante de allí. Sus profundos ojos verdes, entornados y fijos, miraban al vacío, sin ver nada. Repentinamente, musitó, en tono pensativo, como un eco de Persyak:

—Jamás hizo nada notable... y ahora, enfermo o no, dio con algo que parecía imposible... Obra de un genio o de un dios, no de un hombre... ¡Profesor, los visores de «Luz Fría»!

—¿Eh? ¿Te has vuelto loco, Ludd? —exclamó, asombrado, el sabio.

—Dios lo quiera —habló Zarko precipitadamente—. Porque si no es así... si tengo razón... ¡Sería realmente espantoso!

—Dahlia, entrégale a Zarko unos visores —ordenó a su sobrina lentamente.

—Tío, esto es disparatado y sin sentido —protestó Dahlia, cuyas frecuentes miradas de soslayo a Aries eran hostiles y rencorosas—. Ludd no sabe lo que dice...

—¿Acaso lo sabes tú? —rió Zarko secamente, burlándose de ella—. Dame esos visores.

—Ya has oído, Dahlia. Entrégaselos, o lo tendré que hacer yo mismo.

De mala gana, dirigió Dahlia una mirada irritada a Aries y otra de rencor a Ludd y regresó con unos visores del compartimento secreto donde se ocultaban. Ludd se los puso, ante la intrigada curiosidad de Aries y Persyak, que no entendían nada de todo aquello.

Después, Zarko se inclinó de nuevo sobre el microscopio. Clavó la mirada en el tejido muerto, que cobró un fantasmagórico tono violeta fosforescente... y entonces lo vio.

—Profesor —dijo con voz ronca, irguiendo su rostro lívido—. Ahí están, por fin...

—¿Quiénes, Ludd? —la voz del sabio, por efectos de la emoción e incertidumbre del momento, era igualmente bronca, vacilante—. ¿A qué te refieres?

—El peligro de más allá de la Andrómeda... Los tejidos vegetales de Ashur aparecen cuajados de corpúsculos violáceos, invisibles al ojo humano. Viven y pululan sobre el tejido, absorbiendo al parecer su materia. Sean microbios, virus o parte de una forma de vida desconocida para nosotros, su análisis espectral es el mismo de los rayos que desintegraron al sol... y también recuerdan al color de la iluminación interna del «Magnetomóvil».

—Pero, eso... eso querría decir, entonces...

—Que Ashur estaba poseído por ellos. Y que ese proyector de la materia no fue jamás un invento del verdadero Ashur, sino el vehículo utilizado por nuestro invasor o invasores para llegar a Atlantis.

* * *

—Ludd, es una historia alucinante y terrible, si es cierta.

—Lo es, Aries. Sospechaba que teníamos «algo» entre nosotros, aunque ignoraba su naturaleza. Era casi una sensación física, dolorosa a veces. Me siento espiado, querida. Espiado, como todos los seres humanos, desde una distancia inaccesible para nosotros, pero insignificante para ellos, sean quienes sean y como sean...

Por unos momentos, Aries permaneció callada, con los ojos dilatados, fijos en la distancia impenetrable, en aquella negrura profunda de más allá de la Andrómeda. Estaban solos en el mirador de Langstrom, con el cielo y los astros sobre ellos. Y acaso con «algo» más, que eran incapaces de distinguir...

—Y ahora que habéis descubierto su posible origen, y también su materia...

—Ahora es el momento de luchar, Aries...

—¿Vosotros solos?

—No creo que podamos contar con nadie. ¿Quién iba a creernos? ¿Tu padre? ¿El Gran Consejo? ¿El Ejército o la Fuerza Interplanetaria? No, nadie prestará crédito a esa fantasía. Y la muerte de Ashur me asusta, Aries, me preocupa.

—¿Por qué? ¿No significa que ha muerto lo que le poseía?

—Sería demasiado fácil. No, para mí significa que luchamos con una fuerza terrible y aniquiladora, capaz de matar al ser donde se acomoden sus combatientes. Puede ser una plaga de parásitos o una forma de vida inconcebible, situada más allá de la limitada visión humana. La barrera infrarroja y la barrera ultravioleta, limitan la visibilidad del hombre en el campo de la luz y de los colores. Pero ¿no hay más allá? Langstrom ha demostrado que sí, con la Luz Fría, que descompone al espectro en una tonalidad más por cada extremo... y localiza el color invisible de los cuerpos

procedentes de más allá de Andrómeda. En ese nuevo Universo, desconocido, invisible e informe, todo puede ser posible. Incluso matar a distancia. Pero en ese caso, ¿por qué han matado al viajero del «Magnetomóvil» al hacerle nosotros prisionero? ¿Significa eso que han aniquilado también al ser poseído de él... o vive todavía ese viajero de lo Desconocido?

Aries se estremeció, buscando refugio en el poderoso pecho del atleta rubio.

—No sigas, por favor, cariño —suplicó—. Me asusta tu tono... y temo lo peor. Casi experimento la impresión de que unos ojos diabólicos y terribles nos espían ahora, aquí mismo, cerca de nosotros...

Zarko no quiso responderle que acaso esa idea fuese cierta en el fondo. Ya estaba Aries bastante asustada para hacerle anuncios tan siniestros. En vez de eso, Zarko se inclinó, besó sus cabellos negro-azulados, y le musitó suavemente al oído:

—No temas nada estando junto a mí, Aries querida. Yo velaré por ti mientras viva, y hasta mi último aliento.

—Mi amado Ludd... —ella buscó su rostro para besarlo cálidamente—. Jamás podría ya separarme de ti.

A espaldas de ellos, una puerta se cerró suavemente y el rostro contraído de odio de Dahlia Langstrom se apartó de su punto de espionaje. Al volverse con lentitud se sobresaltó. Su tío, el profesor, erguido y severo, se alzaba frente a ella.

—¿Que hacías ahí tan silenciosa, Dahlia? —murmuró, amenazador.

—Nada...

—¿Nada? Zarko y su prometida están en el mirador. ¿No es cierto que les espiabas?

—Tío, yo...

—¡Contesta de una vez, Dahlia! —le exigió autoritariamente el sabio.

—Sí —terminó asintiendo ella, con débil tono—. Yo... ¡yo sufro mucho, tío!

—Te comprendo —sonrió el profesor, acogiendo a su sollozante sobrina contra su pecho, y acariciándole la roja y hermosa cabellera—. Amas a ese rubio héroe, ¿verdad?

—Me enamoré de él cuando le trajiste de los pantanos a punto de morir, tío. Esperaba verle regresar solo... y no con esa mujer.

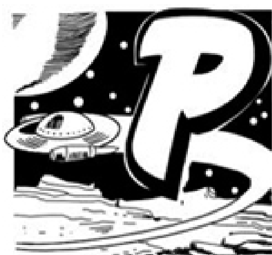
—Esa mujer, mi querida sobrina, es la elegida de su corazón. Conformidad, y resígnate a sufrir en silencio. ¿Me has comprendido?

—Sí, tío —le sonrió, con los ojos húmedos—. Procuraré hacerlo así.

Se apartó de él, se alejó por el corredor con la cabeza baja, y Langstrom sonrió, moviendo la cabeza con aire reprobador.

—Las mujeres... —murmuró—. ¿Cómo querrán privarlas del amor, a ellas que nacen ya con él en su corazón?

CAPÍTULO VII



ALIDECÍAN ya los astros en el espacio nocturno. Las diez horas de oscuridad iban a morir pronto, y ya las lunas de Atlantis se iban hundiendo en el horizonte, dejando paso a una rápida claridad azul por el oriente.

Zarko y el profesor fueron arrancados de su sueño por la mano firme de Persyak.

—Todo dispuesto para el gran salto —dijo en un susurro—. Las chicas duermen tranquilas. No creo que hayan llegado a sospechar nada de vuestro proyecto, Ludd.

El sabio se incorporó rápidamente, y tomó consigo una caja metálica, herméticamente cerrada, que había dispuesto cerca de su lecho. En cuanto a Ludd Zarko, irguióse, totalmente despejado, e impuso silencio a todos con rápido gesto.

—Será mejor salir de aquí sin que nos oigan ellas. Es un viaje sin destinó, un verdadero salto a la nada, y no se sabe si regresaremos. Si todo sale mal... al menos que ellas no sufran las consecuencias de nuestra locura. Por eso sugerí efectuarlo por sorpresa.

—Es una idea acertada, aunque me cueste separarme de Dahlia —admitió Langstrom.

—Y a mí de Aries —añadió Ludd, pensativo—. Pero no hay otro remedio, profesor.

Los tres hombres, sin producir el menor ruido, salieron de la cámara donde descansaban. Al cruzar frente a la puerta circular que daba acceso a la alcoba de las mujeres, estuvo tentado Zarko de cruzarla, pero vaciló, lo pensó mejor y siguió adelante. Langstrom, tras una duda similar, le siguió con igual entereza. Persyak admiró en silencio la voluntad firme de ambos hombres.

La puerta de la sala donde reposaba el poliedro mágico aparecía herméticamente cerrada, y defendida con una barrera magnética que Langstrom había establecido antes de retirarse todos a descansar, en previsión de cualquier contingencia. La invisible barrera defensiva no había sido alterada, y zumbaron los electrodos al desconectarla para pasar ellos.

Zarko suspiró con alivio al ver aún al extraño cuerpo geométrico de paredes bruñidas, tal y como ellos lo dejaran. Había temido tantas cosas basta

entonces... Y la pérdida del portentoso ingenio les dejaría de nuevo impotentes frente a la distancia fabulosa de dos millones de años-luz.

Cuando se cerró automáticamente la puerta de acceso tras de ellos, los tres hombres se miraron, en medio de la luz violácea del interior.

—Ahora, que Dios nos ayude —musitó, Persyak—. Es la expedición más extraordinaria de mi vida, y tal vez de todos los tiempos... Destino: desconocido. Enemigo: ignorado. Medios de combate: ninguno. Objetivo: misterioso. ¿Resultado final? Solo puede ser un desastre, Zarko.

—No mayor del que sufrirá Atlantis, si antes no descubrimos el origen y modo de contraatacar la agresión lejana.

—Una agresión que puede tardar siglos, milenios aún...

—La presencia de un ser, dentro de la forma humana de Ashur, hace temer un plazo mucho más breve... Acaso el ataque está ya dispuesto. Acaso la hora del Apocalipsis esta cerca, y estamos viviendo la agonía del último de los mundos habitados por el Hombre.

—Eso no pasa de ser una descabellada teoría, Ludd —objetó Persyak, escéptico.

—También lo eran las que yo sustenté ante el Gran Consejo, antes de ser condenado. También lo parecían hace unas horas, cuando aún la existencia de seres inteligentes no visibles al ojo humano era poco menos que una utopía. Y sin embargo, ahora está confirmado. Quiera Dios que lo demás, todo lo que sospechamos, no se confirme también.

Enmudeció Persyak. Zarko accionó los mandos. Se iluminó la pantalla... y apareció el laboratorio, provocando un sobresalto en todos la imagen del visor. ¡La puerta acababa de abrirse, y Aries Tanak corría, con expresión de incontenible ansiedad, hacia la nave que trasladaba la materia!

—¡Aries! —musitó Zarko, vivamente alterado, cambiando una mirada de angustia con Persyak—. Se ha enterado... Sospechaba algo, y no ha dormido vigilándonos.

—Tienes que abrirle la puerta entonces, Zarko —dijo Persyak gravemente —. Otra cosa sería cruel.

—Más cruel es llevarla a... donde vayamos ahora. Puede ser la muerte o algo peor.

—Dejarla ahí, aferrada al cuerpo del «Magnetomóvil», sin abrirle la puerta, sería mil veces peor que todo, compréndelo. Hemos de correr el riesgo. En cuanto a su sobrina, profesor Langstrom...

—¡No! —cortó, virulento, el sabio—. Dahlia no vendrá con nosotros. Haced lo que gustéis con Aries, pero mi sobrina no hará este viaje. Está resuelto.

Zarko vaciló, terminó encogiéndose de hombros y maniobró el resorte. La cara del poliedro se hundió, dejando paso libre a la joven. El propio Ludd, ceñudo, acudió a ayudarla, e izó a la hermosa morena a bordó.

—No debiste hacerlo, Aries —le reprendió—. Es un viaje sin destino ni retorno...

—Eres tú quien se portó mal conmigo, Ludd —le respondió ella, dolorida—. Dijimos que siempre juntos... adonde quiera que fuéramos. ¿Qué importa el destino a tu lado? ¡Siempre hemos de estar unidos!

Se besaron, en tanto que la puerta se cerraba. Langstrom, sombrío, permaneció frente a los mandos, como desaprobando aquello. Pero nada preguntó. Aries pareció a punto de dirigir la palabra, observó su aspecto y resolvió no hablar, dejándose llevar por Ludd hasta el cuadro de esferas graduadas.

—Todo a punto —dijo roncamente Zarko—. Profesor, la graduación del punto imaginario donde se halla nuestro destino, según la carta celeste. Es el único dato preciso.

Se lo dio con matemática exactitud, y Ludd lo marcó en la esfera espacial, oprimiendo después el botón de marcha. En el visor se borró la imagen del laboratorio, surgieron las bandas de colores, luego círculos concéntricos, espirales... y entre tanto, los expedicionarios sintieron en sus cuerpos la reacción extraña del salto al vacío, de la proyección de sus moléculas a la distancia, viajando por una dimensión ignorada, perforando materialmente lo imposible, en un viaje alucinante...

Sólo que esta vez, acaso por ser infinitamente más lejana la proyección a distancia, los cuerpos sufrieron un violento «shock», las mentes se cubrieron de brumas, y quedaron inmóviles en sus asientos, conscientes pero incapaces de efectuar movimiento alguno...

¿Qué extraño, indescriptible campo dimensional estaba cruzando en aquellos instantes el poliedro fabuloso llegado de un lejano rincón del Universo, nacido de lo invisible e incorpóreo?

Lo único que el subconsciente despierto de Ludd Zarko podía presentir era que se aproximaban al epílogo de su portentosa aventura. Un epílogo de muerte... o de victoria inaudita sobre un enemigo cuya naturaleza, forma y mentalidad ignoraban por completo.

Y que, muchos miles de años atrás, había provocado la agonía y muerte de los mundos habitados.

* * *

Estaban recobrando con lentitud el dominio de sus sentidos. Zarko fue el primero en buscar la imagen del visor, al advertir la inmovilidad del poliedro.

No vio absolutamente nada. Negrura. El altavoz de a bordo permanecía totalmente silencioso, como si la misma muerte les rodeara.

—¿Dónde estaremos? —musitó Ludd, perplejo.

—Tal vez en ninguna parte —hizo notar el profesor—. Recuerda que hemos fijado la posición de destino puramente basados en cálculos. Puedo haberme equivocado...

Diciendo esto, se movió hacia su caja cerrada, maniobró en ella, y una vez abierta extrajo ligerísimos trajes antigravitatorios y cápsulas de oxígeno concentrado, que repartió entre todos silenciosamente. Finalmente, sus manos

mostraron los visores de «Luz Fría», que fue entregando con igual mutismo.

—Yo investigaré —dijo Zarko, adelantándose a Persyak y avanzando hacia la salida. Aries quiso seguirle, pero la apartó suavemente—. No, ahora no, querida. Esto es cosa de hombres...

Se echaron todos atrás. Abrió Zarko la cara movible del poliedro magnético... y en el acto, un frío glacial, impresionante, y una claridad azul lívida, penetró a raudales en la nave. Zarko cerró de golpe, enfrentándose a los demás.

—El vacío —dijo lentamente—. Estamos en el vacío, y Andrómeda a nuestros pies. Un espectáculo portentoso... pero totalmente inútil para nosotros.

—Tal vez no inútil por completo —replicó Langstrom, brillándole los agudos ojos—. Ponte los visores, Zarko. Y tú, Persyak. Ahora, conectad nuevamente la pantalla.

—Está conectada —dijo Persyak.

—Pero ha de tener otra frecuencia de ondas, si este ingenio pertenece realmente al mundo fantasma que estamos buscando —observó Langstrom secamente.

La búsqueda duró unos segundos. Finalmente, un dedo de Ludd se apoyó en un botón negro.

—Aquí está. Tenía razón el profesor. Vamos a ver por fin en la frecuencia de «ellos». Atento, Persyak... Este resorte indica «Frecuencia Z.» Debe de ser esto.

Cuando lo accionó, la pantalla pareció estallar en mil chispas de color, luego giraron círculos, óvalos de lívido tono... y finalmente se aclaró la visión.

Ludd lanzó un juramento de incredulidad. Se frotó los cristales de sus visores, pero al parecer funcionaban bien, al igual que los de Persyak y los demás. Todos parecían tan asombrados como él mismo.

—¡Ahí está, Zarko! —gritó excitado Langstrom—. ¡Ese es el planeta invisible!

Estaba frente a ellos, suspendido en el extraño color cárdeno que ahora tenía el firmamento en la pantalla. Mucho más abajo, en un irreal color opalino, centelleaban las gemas estelares de Andrómeda.

Era un mundo inverosímil. Su forma, casi plana. Con agudos extremos de óvalo alargado, estirado a viva fuerza por alguna mano ciclópea. Una mancha desigual y fría, de intensísimo color parecido al violeta, pero más lívido y agrio. Un color ignorado en la paleta de un pintor, en la naturaleza conocida por el hombre. Un color casi... aterrador. Más dantesco y hostil que el de los mismos rayos aniquiladores.

Como poseído de una furia electrizante, Langstrom se lanzó sobre las cartas y mapas celestes, trazó en ellas coordenadas y vertiginosos cálculos, comparó con la visión de la pantalla, repitió sus cálculos, y finalmente se irguió con una soberbia expresión de triunfo.

—¡Lo he logrado! —exclamó—. ¡Pronto, Ludd, conozca el punto exacto

de posición de ese mundo maléfico! ¡marca la que voy a indicarte en grados y fracciones exactos!

Zarco se precipito sobre las esferas graduadas. Poseído de la misma febril excitación, fue señalando con las agujas la posición marcada. Luego, de nuevo el resorte, y el «Magnetomóvil» proyectóse junto con su materia al lugar elegido.

En su frenesí, pretendió hablar Langstrom, pero sus labios no produjeron sonidos y esto recordó a Zarko el incidente del primer salto con el proyector de materia. Evidentemente, durante la proyección física a través del vacío, era imposible producir sonidos.

Tan bruscamente como arrancaran, se posaron sobre el punto elegido. En realidad nunca parecían moverse del mismo punto, como si el poliedro portentoso permaneciera inmóvil. Y en realidad, ¿no era así? ¿no eran las moléculas o los átomos los que eran dirigidos por el prodigioso ingenio al lugar fijado en los mecanismos?

Según eso... estaban ya en su punto de destino. Sus ojos, protegidos por los visores de «Luz Fría», se fijaron en la pantalla. Una colectiva exclamación de asombro partió de todos los labios.

Aquel celaje turbio, borroso y purpúreo, parecía sólido, densificado sobre el increíble paisaje de aristas agudas, cristalinas, negras o violáceas, salpicando una extensión llana, interminable, ondulada ligeramente por raras lomas negras de aspecto metálico, bosques absurdos de triángulos erguidos, de inverosímiles formas geométricas y una neblinosa polvareda azotándolo todo, borrando sus contornos anormales, de colores agrios, completamente nuevos para las retinas humanas...

—Eso... «eso» parece desierto, muerto por completo —se estremeció Aries.

—Y, sin embargo, hay vida. Tiene que haber una clase de vida, sea cual sea —dijo Langstrom obstinadamente—. Si todo ha sido cierto... tiene que serlo eso también. No puede ser un mundo muerto, porque de él vino el poseedor de Ashur.

El concluyente argumento convenció a todos. Mudos de estupor, avanzaron hacia la puerta. Zarko capitaneaba al grupo, y antes de avanzar el paso decisivo y abrir la puerta, formuló una pregunta trascendental:

—Y si hay alguna forma de vida hostil a nosotros... ¿cómo combatirla?

Se miraron unos a otros en silencio. Langstrom dijo roncamente:

—Ningún arma nuestra puede ser eficaz contra ellos. Esto es como hallarse en un Universo distinto... Hemos de confiar en que algo providencial nos permita combatirles o hallar su punto débil.

—Y en caso de no existir esa arma o ese lado accesible en ellos...

—Entonces, nuestras vidas estarán en manos de Dios.

—Buen consuelo —masculló Persyak, contrariado.

Ludd Zarko miró a Aries con temor. Ella, adivinando lo que iba a decir, se adelantó:

—No, no voy a quedarme aquí, iré con vosotros donde sea. Después de todo, es una simple exploración. Tal vez no hallemos nada importante en este horrible lugar.

Sin responder, Zarko accionó la salida. Se abrió el poliedro y se enfrentaron con el siniestro panorama de pesadilla, envuelto en brumas y fulgores cobrizos. El suelo tenía un tinte casi negro, espeso y frío. Una corriente helada azotó sus cuerpos, aun encima de los herméticos trajes espaciales, dotados para resistir el más espantoso calor o el frío más intenso.

—La temperatura debe de ser inferior a los quinientos grados bajo cero —observó Langstrom, estremecido—. Es el frío absoluto, congelador.

—Un mundo glacial y desierto... —Persyak, curiosamente, alzo sus visores un instante. Lanzo un grito de angustia, volviéndoselos a aplicar—. ¡Dios me valga! ¡Sin lentes no veo nada! ¡Todo es invisible y de una negrura absoluta! Es... como sentirse flotando en el vacío.

La increíble expedición se alejó del poliedro.

De repente, hablo Aries:

—¿Y si, en nuestra ausencia, alguien se apoderase del «Magnetomóvil»?

La posibilidad les sacudió con más violencia que el glacial cierzo que silbaba contra los cascos flexibles adaptados a su cabeza y rostro, cubriéndoles del rigor de la temperatura reinante.

—Es cierto —aseguró Persyak—. Yo volveré y me quedaré de guardia allí. Eso, si todos estáis de acuerdo.

—Podría ir yo —arguyó Langstrom—, pero Zarko y yo seremos imprescindibles en la exploración de este infierno helado.

—Entonces, queda decidido —habló Persyak, dando media vuelta—. Me quedo en el «Magnetomóvil». Y creed que lo pasaré peor aquí, yo solo, que vosotros registrando este asqueroso trozo de hielo.

Se separaron. Persyak quedó despidiéndolos, en pie junto al poliedro, inmóvil sobre la extraña tundra negra y purpúrea, de vegetación fósil, aguda y negruzca, apenas asomando de la arenisca viscosa del suelo. El cielo no mostraba planetas, soles ni estrellas. Sólo aquel color de alucinación, aquellas brumas como jirones pastosos flotando a ras del suelo interminable, desierto y lúgubre, en un silencio mortal, irritante y sin fin.

—Buen viaje, muchachos —musitó Persyak, agitando su mano en el vacío helado, sin oxígeno—. Que haya suerte y volváis pronto, o terminaré loco en esta soledad.

Lentamente, las figuras de los tres expedicionarios, se perdieron tras unas dunas purpúreas, borrados por la neblina pastosa adherida al suelo, que trazó torbellinos lentos a su paso. De pronto, Persyak se sintió terriblemente solo en aquel confín aterrador del Universo, a millones de años-luz de todo mundo habitado.

No había nadie, nadie alrededor suyo, excepto sus tres amigos, acaso en distancias tan fabulosas que ningún ser las cruzaría, jamás, salvo en un ingenio como el «Magnetomóvil».

¿Nadie? Bruscamente, Persyak se estremeció, y no por el frío.

En aquel silencio pavoroso, había sonado un ruido, un leve ruido. Se volvió en redondo... Vio abrirse la puerta del poliedro y asomar una figura que se quedó mirándole sin que Persyak fuera capaz de mover un solo músculo o reaccionar de su incredulidad.

* * *

—Por una u otra razón, los habitantes de este mundo están ocultos en alguna parte —dijo cansadamente Zarko, deteniéndose frente a dos raras elevaciones verticales y rígidas, aparentemente de vegetales fosilizados, rematados en enormes discos o círculos pétreos—. Todo lo que abarca la vista es igual: llano, recto, interminable. Claro que también pueden estar en otro punto del planeta, pero hay algo raro en todo esto, Langstrom, y no sé lo que es...

—Yo tampoco, Zarko. Por uno u otro motivo, algo no ha salido como esperábamos y la expedición es un terrible fracaso. En apariencia, este mundo «no puede» haber sido el que destruyó al Sistema Solar y envió a Atlantis a un supergenio, creador de tal prodigio técnico.

—Parece muerto... —musitó Aries, refugiándose asustada en Ludd.

—Muerto... Sí, esa es la palabra. Lo sentí desde que abandoné el poliedro y pisé este suelo... —Zarko se aproximó a uno de los vegetales petrificados, le rozó con su mano enguantada y el vegetal se diluyó, convertido en polvo—. Muerto también...

—O de una composición infinitamente más débil que la nuestra —enmendó Langstrom—. Al menos en eso, sí hubo error por mi parte. Esperaba chocar con superhombres de un mundo colosal, y me he encontrado con un raro planeta de forma plana, similar a un objeto que se derrite, desierto y calcinado, azotado por temperaturas glaciales. Y cuyo pueblo y forma de vida deben de ser, si las hay, extraordinariamente débiles, como ese vegetal convertido en polvillo... en simples moléculas...

—¡Moléculas! —repentinamente, los cabellos de Zarko, bajo su casco flexible, se erizaron—. ¡Moléculas! ¡Langstrom, ha dado con la solución, con la clave del enigma!

—¿Eh? —el profesor miró a Ludd, como dudando de su razón—. ¿Qué tontería dices?

—¿Recuerda el análisis de los tejidos de Ashur? ¡Eran corpúsculos, menudos puntos dotados de vida, como larvas espantosas! ¡Esos son los seres vivos de este mundo!

Langstrom palideció bajo el casco. Miró sus pies, calzados con las botas especiales para el vacío, y sus ojos se dilataron de horror al advertir que el polvo reptaba, se movía a lo largo de los puntos donde se había posado, como algo vivo.

—¡Polvo vivo! —rugió, comprendiendo—. ¡Una forma de vida infinitesimal y terrible, capaz de apoderarse de un ser viviente y dirigirlo

como a un autómata! ¡Es eso lo que dices, Zarko!

—Y lo horrible es que estamos rodeados por ellos —habló dramáticamente Ludd, en tanto que Aries chillaba, llena de horror, abrazándose a él—. ¡Todas esas llanuras infinitas, todo lo que nos rodea, lo que pisamos, es vida! Buscábamos ciudades, viviendas, ingenios y formas, tal como las concebimos nosotros, sin darnos cuenta de que este es un mundo diferente, incluso en color y en formas materiales... ¡En todo esto, que parece muerto y helado, todo vive! ¡El planeta mismo es un enorme monstruo palpitante!

—Es... es pavoroso, Ludd —el sudor empapaba el rostro blanco de Langstrom—. Pero ¿de qué modo llegaron a Atlantis? ¿Y Ashur, y el poliedro?

—Nunca lo sabremos. Es una historia terrible, que parece confirmar la existencia de seres vivos en otros mundos, no lejanos a este planeta. Quizá en Andrómeda, quizá en Casiopea... Alguno de sus habitantes logró inventar lo que nosotros atribuimos a los de este mundo. Por medio de la frecuencia Z vio este planeta y lo alcanzó... siendo poseído por el polvo vivo e inteligente que lo cubre, por partículas infinitesimales de este abominable monstruo suspendido en el vacío, como una araña diabólica y colosal... De ese medio se valieron para llegar a Atlantis, para poseer a Ashur... acaso a otros más, que ahora ignoramos... y ofrecieron su supuesto invento. ¿Para qué? ¡Para traer viajeros aquí! ¡Víctimas nuevas de su voracidad, que todo lo absorbe y lo transforma!

—¡Qué horror, Ludd, qué horror! —sollozó, angustiada, Aries.

—Sí, un horror escalofriante, Zarko —asintió Langstrom—. Pero aún queda una incógnita en pie: ¿pudo ese polvillo, esa forma de vida que ahora pisamos y que repta por encima de nosotros, voraz, causar hace miles de años la destrucción solar? ¿Con qué medios, con qué ingenios, si son polvo simplemente?

—Ahora son polvo. A los cuarenta mil años de aquello. Pero, ¿Y entonces? ¿Eran polvo vivo... o tenían otra forma, otro sistema de vida, destruido a su vez por sabe Dios qué terribles cataclismos cósmicos?

—Zarko, hay que aniquilarles rápidamente... —jadeó Langstrom—. Aniquilarles o morir. Y uno de nosotros tiene que volver a Atlantis, avisar a los demás del terrible peligro, buscar a otros posibles contaminados, a otros humanos que hayan dejado de serlo, invadidos por esos terribles corpúsculos...

—Están gastando el tejido por fricción —anunció Ludd gravemente—. Disponemos de poco tiempo para luchar... si podemos hacerlo. ¡Pronto, volvamos a donde está el «Magnetomóvil»! Si este polvo entra allí con Persyak y se apodera de él... ¡Estamos perdidos!

CAPÍTULO VIII



AHLIA! ¿Qué hace usted ahí dentro?

Al fin había logrado articular Persyak unas aturdidas palabras, ante la presencia de Dahlia Langstrom apareciendo serenamente en la entrada del «Magnetomóvil».

La hermosa joven, con su cabello rojo recogido dentro de la capucha espacial, clavaba sus ojos hermosos en el joven, sonriendo irónicamente.

—Le he sorprendido, ¿verdad? —dijo suavemente—. Si mi tío llega a sospechar que entré en su nave cómo polizón, me hubiera hecho regresar inmediatamente a Atlantis. Y yo no me resignaba a quedarme atrás, mientras vosotros arriesgabais la vida en un viaje fantástico, sin precedentes en la Historia de la Humanidad.

—Pero, Dahlia, es un riesgo terrible... Este mundo espantoso, anormal y peligroso...

—¿Peligroso? —Dahlia miró en torno, a través de las gafas de «Luz Fría», con aire escéptico—. Creo que, en esta ocasión, mi tío se ha equivocado. Esto es feo e inhóspito, pero no veo su peligrosidad por parte alguna. A no ser que el polvo sea peligroso —agregó, riendo, y señalando las botas de Persyak, cubiertas por completo de menudos corpúsculos violáceos.

—Por favor, no bromee —pidió seriamente Persyak—. La situación no está clara. De acuerdo en que todo parece desierto y sin vida, pero no sé... Hay algo en el ambiente que crispa los nervios. Algo intangible, pero enervante.

—Tonterías, Persyak. Veo que han logrado contagiarle su imaginación Zarko y mi tío —volvió a reír agradablemente y se acercó al joven militar. Pareció examinarle con renovado interés—. Persyak, es usted también un hombre realmente atractivo.

—Dahlia, eso no está bien en labios de una dama, y menos en un sitio como este. ¿Por qué no espera decírmelo nuevamente en Atlantis?

—Este momento es tan bueno como otro cualquiera —estaba junto a él y le miró con intensidad—. Le seré sincera; nada más conocer a Ludd Zarko, su amigo, me enamoré locamente de él. O creí enamorarme, por lo menos. Luego, él regresó de su expedición a Atlantis, con esa mujer... Aries. Al principio sufrí mucho, pero me he resignado a no pensar en Zarko como algo

accesible.

—Y entonces se ha fijado en mí —dijo con sarcasmo Persyak—. Una especie de consuelo, ¿no es eso?

—No, no es eso —apoyó sus manos en los cuadrados hombros del alto y recio oficial—. Es que al fijarme en ti, Persyak, he dejado de pensar en Zarko. He comprendido que no le amaba, que era pura ilusión. Y que de ti, en cambio, puedo llegar a enamorarme... de todo corazón.

—Dahlia... —Persyak miró, gratamente sorprendido, a la hermosa pelirroja. Parecía sincera. Después de todo, ¿por qué no iba a serlo?—. Dahlia, eso es... es muy agradable. Vamos adentro, al «Magnetomóvil», y seguiremos charlando allí de ti y de mí, lejos de este odioso paisaje... más cerca de nuestro propio mundo.

—Sí, Persyak —asintió ella con un cálido susurro.

Y, aferrándose a su brazo, se dejó llevar. Entraron ambos en el «Magnetomóvil», cerrándose la puerta tras de ellos. Al cruzar el umbral, de sus botas se desprendieron millones de corpúsculos menudos, que cayeron mansamente en el suelo vidrioso del poliedro.

Ni Dahlia ni él parecieron conceder importancia a tan insignificante detalle. En realidad, ningún ser humano hubiera sospechado que ese simple hecho pudiera significar una invasión en toda regla... y un peligro mortal para los audaces expedicionarios del Cosmos, y a la vez que para todos los mundos habitados del Universo.

* * *

—Afortunadamente, nada ha ocurrido a bordo del «Magnetomóvil» —Zarko se volvió al profesor, respirando hondo y sin dejar de sujetar fuertemente por los hombros a Aries, vencida por el terrible lastre que suponía la acumulación impresionante de corpúsculos vivos sobre sus piernas.

Él mismo y Langstrom apenas si podían ya avanzar, tal era el peso de sus pies, en lucha constante contra aquel polvo viviente, rebelde a su avance. Producía la impresión nauseabunda de ir andando sobre el vientre colosal de un monstruo, dormido pero latente. Un monstruo feroz, cruel, que despertaba lentamente a la intrusión, y que pugnaba por oponerse a sus movimientos, demostrando poseer inteligencia, mentalidad propia en cada uno de los infinitesimales fragmentos que alfombraban el suelo inhóspito del mundo helado.

El poliedro espejeante estaba allí, inmóvil frente a ellos. Apresuraron la marcha lo más posible, pugnando por ganar tiempo. Un tiempo precioso tal vez...

De Persyak no se veía ni rastro en el exterior. Se detuvieron, buscándole con la mirada. Vieron huellas de pisadas sobre el suelo violáceo. Zarko las señaló con sorpresa:

—¡Profesor! ¡Huellas de dos personas! ¡Dos personas que han vuelto, juntas, al aparato!

Langstrom quedóse atónito. Luego emprendieron una rápida marcha hacia el poliedro. Y, de repente, algo terrible, espantoso para ellos, empezó a suceder en el « Magnetomóvil».

¡Sus caras se encendieron y empezó a hacerse cegadoramente luminoso!

—¡Se marcha! —aulló Zarko, erizándosele los cabellos.

No, era demasiado horrible, pensó su cerebro vertiginosamente. Quedarse allí para siempre. Perdidos más allá de Andrómeda, en un ignoto planeta oblongo, gélido y sin luz, lleno de una vida absorbente y siniestra... A millones de años-luz de todo rincón habitado, en el último confín del Universo tal vez...

Corrió desesperada, furiosamente, sin importarle que el resplandor de la nave le cegara o no. No se cubrió los ojos, sino que se anticipó a Aries y a Langstrom, saltó sobre las paredes fulgurantes, deslumbradoras, y descargó todo el ímpetu de su enorme cuerpo de atleta contra la cara móvil.

Ésta cedió, se abrió bajo el impacto y el cuerpo de Zarko rodó dentro del violáceo interior del poliedro, impulsado por su misma virulencia. Rebotó sobre el pavimento vidrioso, lleno del terrible polvo viviente, saltó sobre sus piernas elásticas, poniéndose en pie... y se enfrentó a Persyak a Dahlia, que accionaban los mandos poseídos de una expresión frenética, anhelante y extrañamente cruel.

—¡Dahlia! —rugió Zarko, enfrentándose a la muchacha del pelo rojo—. ¡Tú!...

Ella le sonrió con una ferocidad sin límites, presta a saltar sobre él como un tigre. Su orden sonó grotesca, pero terrible.

—¡Mátale, Persyak! ¡Pronto!

Persyak vaciló, antes de arrojarse sobre Zarko. Finalmente, se arrojó sobre él. Ya en la pantalla visora empezaban a cambiar los colores rápidamente... ¡Empezaba la traslación de la materia!

Raudo, Zarko descargó sus puños colosales sobre el leal amigo de siempre. Lo hizo con brutalidad, sin piedad ni pérdida de oportunidades favorables. Persyak, extrañamente débil, rodó por el pavimento lustroso como un fardo.

Ludd brincó con agilidad felina, sobre Dahlia Langstrom ahora, y la disparó un salvaje mazazo a la sien, que la arrojó, trastabillando y con expresión extraviada, contra un rincón del vehículo. Rápidamente, Zarko aplicó una mano firme sobre él mando rotulado en rojo: «Retroceso».

Vivamente, casi con un salto físico, el ingenio poliédrico retornó a su punto de origen, antes de que comenzara totalmente la proyección de la materia a distancia. Se inmovilizó otra vez, ante los atónitos y ya desalentados ojos de Aries y Langstrom, sobre la trágica superficie cárdena y negra del fantástico planeta.

Zarko abrió la puerta, y ordenó con viveza a los dos:

—¡Pronto, arriba!

—Pero... pero invadiremos el «Magnetomóvil» de corpúsculos vivos, Ludd...

—¿Qué importa eso ya? Creo que la invasión ha comenzado mucho antes. Y ya hay dos víctimas a bordo...

Subieron en silencio. Aries lo hizo ayudada por Zarko, mientras Langstrom clavaba sus ojos atónitos en la inerte Dahlia y pronunciaba su nombre con horror.

—¡Mi sobrina a bordo! —musitó—. ¡Cielos! ¿Le ha ocurrido algo?

—Mucho me temo, profesor, que a la hermosa y dulce Dahlia le ocurrió «algo» antes de subir a bordo de la nave. Ojalá me equivocara, pero... ella no es ya su sobrina.

—¿Qué dices, Ludd?

—Está poseída por los microbios vivientes del planeta. Es igual que Ashur... Un autómata dominado por otra u otras inteligencias —miró con odio intenso el polvillo violáceo que cubría el suelo y lo pisoteó, rabioso—. ¡Malditos asesinos! ¡Si pudiera yo destruirlos igual!...

—¿Y Persyak? ¿Qué le ocurre a tu amigo? —interrogó Aries, temerosa.

—No lo sé. Posiblemente esté dominado también. Ha obrado como tal. Es posible que engañado por Dahlia, fuera contaminado en nuestra ausencia, y ahora sea otro de ellos.

Un silencio cuajado de horror reinó dentro del poliedro. Aquella alucinante revelación terminaba de desmoralizarles totalmente. En derredor de sus pies el polvo cárdeno se agitaba, vivía, reptaba como microscópicos insectos. Pero insectos inteligentes, que era lo peor. Capaces de absorberles y derrotarles totalmente, invadiendo después Atlantis y todos los rincones habitados del Cosmos.

Y allí, como víctimas inmediatas, como seres inmolados ya en aras de una victoria casi imposible, Persyak, Dahlia y Zarko.

—Ahora, Zarko, ¿qué es lo que hacemos? —preguntó, aturdido, Langstrom.

—Sobre todo, no despojarnos de los trajes espaciales, única defensa temporal contra los corpúsculos. Y después... huir de aquí, alejarnos de este espantoso mundo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y dejar vivo este espantoso monstruo estelar? ¿No será eso una derrota, Ludd?

—Hemos sido derrotados ya. Confiemos en que este panorama desolador signifique que están agonizando ellos también, que les ha tocado el turno de morir y se resisten a ello desesperadamente. Por temibles que sean, es evidente que esto agoniza ya. Es la imagen de un mundo decadente, lanzado a su muerte lenta y espantosa. Pueden pasar aún cientos de años, tal vez mil o dos mil, pero no mucho más, antes de que desaparezcan por completo, antes de que se extinga todo rastro de vida. Y Dios hará que en ese tiempo nada ni nadie se pose aquí para servir de vehículo a la semilla del desastre. Unos seres que tanto odiaron a las demás razas inteligentes del Universo, siguen odiando aún en su decadencia; es evidente.

—Pero aun suponiendo que en eso tenga suerte la Humanidad, ¿qué será

de los que ya estén poseídos en Atlantis, de los que aquí vienen con nosotros... de todo este polvo vivo que llevamos a bordo y que, por ser materia, se trasladará con nosotros a donde quiera que seamos proyectados ahora?

—Habrá que luchar contra todo ello. Y creo que ha de existir un medio.

—¿Cuál, Ludd?

—Acabamos de conocer su mundo actual. A cientos de grados bajo cero, en el frío absoluto... viven aún. Eso indica que fue siempre un mundo azul, helado. Si logramos generar calor y atacarles, posiblemente sea el antídoto que buscamos.

—¡Calor! Es cierto, Zarko, tal vez logremos aniquilarles por reacción térmica, si ésta es lo bastante intensa...

—Una reacción térmica de esa intensidad nos aniquilaría a nosotros también. Y no podemos arriesgarnos a que ni una sola molécula viva quede a salvo. Esto requiere una destrucción total del «Magnetomóvil»... y de quienes vayan dentro de él.

Aries acogió la decisión con gran serenidad. Sonrió a Zarko, pegándose a él.

—Si hemos de morir por salvar a la Humanidad, Ludd, lo haré gustosa si estoy a tu lado —dijo.

—Gracias, amor mío. Espero que no sea preciso —dijo serenamente Ludd —. Tú y Langstrom podéis salvaros aún...

—¡No! —fue el desgarrador grito de la muchacha, aferrándose a él—. ¡No me apartaré de ti! ¡No puedes sacrificarte tu solo!

—Ella tiene razón, Ludd —sonrió penosamente Langstrom, mirando de soslayo a su desdichada sobrina—. No consentiré que tú te sacrifiques. La tienes a ella, y yo no tengo ya a nadie... Permitid que uno solo, el que menos tiene que perder, haga la tarea.

—¿Cómo voy a consentir que sea otro quien pague con su vida la proeza?

—Porque has de hacerlo así. Es lo más lógico, Ludd. Tú eres joven, fuerte y tienes quien te ama. Estoy seguro de que, al regreso, todo va a ser muy diferente, porque Tanak se habrá dado cuenta de su error, y más cuando podáis presentarle muestras vivas de estos seres y se pueda realizar la investigación a fondo para descubrir a los infectados y matarlos inmediatamente. La invasión está aún demasiado aislada para no poderla atajar enérgicamente, a tiempo.

—Y morir tú, Langstrom —dijo, emocionado, Zarko—. ¿Es justo eso?

—Es lo más justo de todo. En marcha, Ludd. Volveremos a Atlantis. Os devuelvo a vuestro mundo. Y yo me llevo conmigo a Dahlia y a Persyak, dos víctimas más de la Ciencia y del Progreso humano. Víctimas anónimas, pero tal vez las más notables de la Historia.

Se acercó resueltamente a los controles. Su mano enguantada movió las agujas graduadoras, accionó los resortes... y empezó la proyección material a través de dos millones de años-luz, en regreso a Atlantis, al mundo...

CAPÍTULO IX



UNCA supuse que el contemplar esa imagen en la pantalla iba a provocarme tristeza —dijo Aries, mirando largamente la hermosa ciudad geométrica, bajo las cúpulas vidriosas que centelleaban a la luz intensa de Rigel, el enorme sol de Orión.

—Para vosotros, amigos míos, es el regreso a la vida —sonrió Langstrom, con tristeza—. No hay por qué apenarse.

—Vamos a acordarnos mucho del leal compañero que entrega su vida por salvar otras —dijo con tono emocionado Ludd Zarko—. No debería tolerarlo. De no ser por Aries...

—Vamos, no perdáis tiempo —controló los mandos, centrándolos mejor, y luego, tras una sacudida, dijo con tono animoso—: Ahora está mejor. Dentro mismo de la ciudad. En cuanto salgáis, advertid de lo que sucede a quienes se acerquen. Que adopten toda clase de precauciones sanitarias, que recojan los corpúsculos de vuestras ropas y los analicen. Y luego empezará la búsqueda de microbios vivos en Atlantis. Será la mejor prueba de que tú tenías la razón, Ludd, y no tendré que temer de nuevo por vuestras vidas. Adiós, amigos míos...

—¿Adónde dirigirás ahora el «Magnetomóvil»? —quiso saber Zarko.

—Al infinito —rió con amargura Langstrom, como quien planea una travesura—. A ningún sitio. Nos perderemos en la nada, lejos de todo y de todos, y allí, sin advertirlo, nos llegará la muerte, en pleno traslado de la materia...

Zarko tragó saliva. Era un final grandioso, sacrificado por todo lo más digno. Tomando a Aries por los hombros, avanzó con ella hacia la salida del poliedro. Veíanse miles de rostros curiosos en la plaza pública, rodeando el extraño artefacto, milagrosamente vuelto a Atlantis. Un grupo de soldados armados corrían hacia el mismo, procedentes del Palacio Presidencial.

Entonces, al ir a abrir la puerta, sonó una voz tranquila haciéndoles volverse a los tres con verdadero asombro:

—Atlantis... Vamos, profesor Langstrom, fuera del «Magnetomóvil»... Yo sé cómo matar a esos horribles seres que me devoran ya el cráneo despiadadamente... mucho mejor que usted aniquilaré a esta raza maldita,

microscópica y feroz...

—¡Persyak! —exclamó Zarko, petrificado de horror—. ¡Amigo mío!

—No, no te acerques —una dura sonrisa enarcó los labios de Persyak—. Estoy contaminado, lo sé... No sabéis lo horrible que es saber a esos monstruos parásitos dentro de uno... y no poder hacer nada por evitarlo. Saber que dentro de poco seré un cuerpo autómata a su servicio. Pero aún no, amigos míos. Aún no, gracias a Dios. Soy fuerte, más fuerte físicamente que Dahlia o Ashur, y esos gusanos midieron mal sus propias fuerzas conmigo. Primero, al engañarme Dahlia, y contagiarme su virus, me dominaron por completo; pero ahora es diferente... Llevo algún tiempo consciente, escuchando vuestras palabras, pugnando por dominar con mi propia mente a esos pequeños verdugos...

—Persyak, por el amor de Dios... —gimió Aries, estremecida.

—Lo logro, y voy a vencer sobre ellos... Es mi mayor alegría... ¡Vamos, Langstrom, fuera de aquí! Mi rumbo es mejor que el suyo, porque yo «sé» lo que a ellos les aniquila... lo he podido advertir en su miedo instintivo al fuego. Sí, Zarko, tú has acertado. El calor les paraliza... y el fuego, les aniquila. ¿Te imaginas... te imaginas lo que va a ser su fin cuando nos estrellemos en Rigel, ese inmenso sol que nos alumbra?

—No puedo consentir que tú solo... —interrumpió Langstrom.

—Vamos, profesor. Yo estoy ya muerto virtualmente —sonrió con dureza Persyak—. Siempre me ha gustado hacer algo por los amigos. Adiós para siempre, mi buen Ludd. Hemos sido... buenos amigos.

—Los mejores, Persyak. Hermanos casi.

—Gracias —se contuvo. Irguió la cabeza con gesto de dolor—. Deprisa. Los soldados están cerca ya. Y mi momento de derrota también...

Avanzaron los tres hacia la salida. Persyak les hizo un último ademán de despedida. Le vieron situar las agujas graduadas en sus respectivas esferas. Hizo un gesto de satisfacción; miró en el visor el enorme disco azul del coloso de Orión y le sonrió amistosamente.

—Adiós y recordad de vez en cuando a vuestro amigo Persyak —fue lo último que le oyeron decir.

Después la puerta del poliedro se abrió. Salieron los tres, unidos sus brazos ante el estupor y terror instintivo de las gentes y de los propios soldados, que retrocedieron vivamente.

Se miraron todos entre sí, asombrados. Mientras tanto el centelleo espejeante y cegador del poliedro deslumbró a todos. Un segundo después se había evaporado de nuevo. Y esta vez, para siempre.

Ludd Zarko captó el brillo de las lágrimas en los ojos duros del profesor Langstrom al fijarse en el disco azul y colosal de Rigel.

—Adiós, Dahlia, pequeña —dijo roncamente.

—Adiós, muchacha. Y gracias por todo, Persyak —agregó Zarko sordamente.

* * *

Tanak escuchó el relato de Langstrom silenciosamente. Luego sus ojos agudos se volvieron hacia Aries, su hija. Ella lo confirmó, punto por punto. Y aún una tercera persona, el rubio y atlético Ludd Zarko, completó los puntos omitidos por el sabio en su impresionante relato de la aventura más inverosímil de todos los tiempos.

—Es la historia más descabellada y extraña que oí jamás. Ni un solo hombre, entre mil, la creería nunca. Pero habéis traído, sobre vuestros trajes espaciales, la mejor de todas las pruebas: corpúsculos vivos que, una vez analizados, han resultado ser tejidos microscópicos, con vida propia e independiente, dotada con toda seguridad de inteligencia. Son residuos vivos de una raza inteligente y superior, extinguida hace miles de años...

—En cuanto a los afectados por la plaga galáctica, es cierto que se han presentado varios extraños casos últimamente. Todos ellos de una rara enfermedad purpúrea, que hiela a sus víctimas instantáneamente después de haber muerto. Los médicos y científicos enloquecían ante el misterio. Un misterio del que, por suerte para la Humanidad, me servís hoy la clave. Con calor o fuego, se combatirán los virus, y es de esperar que en breve sea aniquilada la invasión incipiente. De momento he ordenado aislar la ciudad del resto del planeta para proceder a la rápida intervención en los afectados.

—En ese caso respiro tranquilo —dijo Ludd Zarko—. El sacrificio de Persyak y de Dahlia Langstrom no ha sido estéril...

—Ni el vuestro tampoco, hijos —habló bondadosamente el duro personaje que era el Presidente de Atlantis—. Estuve ciego al considerar un rebelde a quien me mostraba lo más hermoso de nuestra existencia. Tienes razón, Zarko. No creo que sea el mejor camino para la supervivencia del hombre al crear arterias y vísceras artificiales, porque ello irá contra aquello que la Naturaleza nos otorga al nacer, según mandato de Dios. Una futura raza mecanizada y petrificada sería incapaz de luchar como vosotros lo habéis hecho. Sin esperanzas, sin medios, combatisteis contra todo. ¿Por fe, por amor, por heroísmo, por humanidad o por espíritu de aventuras? De un modo u otro, porque vuestra alma os indujo a ello y vuestros sentimientos os iluminaron. Hija mía, perdóname mis errores.

—Y tú a mí los míos, padre —suplicó ella, dolida—. Nunca olvidaré que...

—Pues debes olvidarlo —sonrió él con dulzura, acariciando su rostro—. Mía era toda la culpa entonces. A partir de hoy no habrá más autómatas, no habrá «glóbulos azules» ni frenos a los sentimientos. Si está escrito que sigamos siendo una raza fuerte y digna, lo seremos sin perder esa condición que nos hace superiores a todos los seres llegados de otros mundos fríos e inanimados: la Humanidad.

—¿Eres feliz, Zarko?

—¿Y tú, Aries?

—La más feliz de las mujeres a tu lado...

—Y yo, a tu lado, el más feliz de los hombres...

Se besaron. Luego en sus ojos húmedos de emoción se reflejaron las lunas del diáfano cielo de Orión. Al separarse, la mirada de Zarko se perdió en la inmensidad de los astros nocturnos. Intentó ahondar en la distancia y en el tiempo, llegar al pasado y ver los extinguidos mundos que la maldad diabólica de unos seres superiores en recursos destructivos había aniquilado cruelmente. Pero que ni aun así habían logrado su soberbia aspiración de ser los únicos y más poderosos pobladores racionales del Universo.

—Ya estás vengada, Tierra —dijo a su desconocido mundo de origen—. Seguimos siendo los mejores.





—En quince días he perdido la mitad de peso, querido. ¿Cuánto tiempo crees que debo seguir de régimen?

—Otros quince días, cariñito.



Más allá de la razón humana existe el planeta maldito. Un mundo extraño, lleno de angustia y convulsión.

El planeta maldito

LAW SPACE nos hará estar pendientes de cada una de sus líneas en esta apasionante narración.





Escena de DUELO EN EL ATLANTICO
Cinemascope 20th Century Fox

Precio en España: **6.– ptas.** En Argentina: **4,5 pesos**

Notas

[←1]

El autor alude a grados Fahrenheit. En esa escala, nuestro sol tiene 11.000º F.